



Migración transnacional y dinero en el municipio de Necoclí, Antioquia

David Alejandro Mendoza Torres

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogo

Asesor

Jonathan Echeverri Zuluaga, Doctor (PhD) en Antropología

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2023

Cita	(Mendoza Torres, 2023)
Referencia	Mendoza Torres, D. A. (2023). <i>Migración transnacional y dinero en el municipio de Necoclí</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio.

Instituto de Estudios Regionales (INER).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract	8
Introducción	9
Metodología	10
Anclajes teóricos	11
Resumen de capítulos.....	13
1. Migración y Bonanza	15
1.1 Condiciones históricas	15
1.2 Conflictos en la región	17
1.3 Reapertura de las fronteras en 2021 y migración masiva.....	18
1.4 Crisis migratoria y bonanza económica.	21
2. La entrada del dinero.....	23
2.1 Los cajeros.....	24
2.2 Las remesas y la solidaridad.....	27
2.3 Cuando el dinero se niega a entrar	31
2.4 Conclusión.....	33
3. La circulación	35
3.1 La compra de tiquetes	35
3.2 El cambio de dinero.....	37
3.3 El hospedaje	43
3.4 Puestos de utensilios.....	46
3.5 El esparcimiento en el municipio	50
3.6 Conclusión.....	51

4. La fuga.....	52
4.1 La fuga de los viajeros	53
4.2 Lo que queda de la bonanza	56
4.3 Conclusión.....	59
5. Conclusiones	61
Referencias	62

Lista de figuras

Figura 1. Algunos de las bolsas con recursos para la espera. Necoclí, Antioquia. 13 de agosto de 2021.....	30
Figura 2. Cartel que dice: “prohibido acampar en la playa”. Necoclí, Antioquia. 1 de agosto de 2021.....	32
Figura 3. Letrero en creole haitiano y francés pegado en la ventana de un hotel cerca al barrio Caribe. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2021.....	41
Figura 4. Cartel pegado de la vitrina de una local cerca de la zona de la plaza. Necoclí, Antioquia. 18 de agosto de 2021.....	42
Figura 5. Un local comercial cerca de la plaza que vende, entre otras cosas, utensilios para el viaje por el Darién. Necoclí, Antioquia. 18 de agosto de 2021.....	46
Figura 6. Puesto de utensilios de los que se podía encontrar en el malecón. Necoclí, Antioquia. 15 de agosto de 2021.....	48
Figura 7. Mesa junto a una carreta en la cual hay machetes, impermeables, botellas de creolina y recipientes. Necoclí, Antioquia. 15 de agosto de 2021.....	49
Figura 8. La entrada al muelle norte. Al fondo se ve uno de los yates que transporta a los viajeros. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2021.....	53
Figura 9. Lugar donde funcionarios de la transportadora gestionan las salidas de los viajeros, justo al lado de la carpa donde se pasa para el abordaje. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2021.....	55
Figura 10. Grandes carteles que buscan orientar a los viajeros en su paso por Necoclí Ubicados cerca de la plaza donde llegan los buses. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2022.....	58

Siglas, acrónimos y abreviaturas

ACNUR	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
CNMH	Centro Nacional de Memoria Histórica
EPL	Ejército Popular de Liberación
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

Resumen

La migración de viajeros del Sur Global está ligado a contantes encuentros con diversidades sociales, políticas, culturales y económicas. En cada lugar de paso aparecen nuevos lenguajes que configuran las relaciones entre los que se mueven y los que habitan los espacios. Sin embargo, el dinero parece ser un lenguaje común de entendimiento entre estos actores que simplemente se traduce entre países y fronteras. En un contexto de crisis epidemiológica donde la recesión económica golpeo profundamente al municipio de Necoclí, la crisis migratoria parece activar estructuras de económicas. Con la llegada masiva de viajeros del Sur Global, además de traer a escena formas particulares de relacionarse con las divisas desde un dialogo entre culturas y realidades, llego una bonanza al municipio que parece alterar más ese concepto de “crisis”. El propósito de esta tesis es analizar las formas en las que el dinero circula en Necoclí tras la llegada masiva de viajeros del Sur Global y cómo configuran relaciones entre viajeros, locales y espacios en un contexto de doble crisis (migratoria y epidemiológica).

Palabras clave: viajeros, migración, bonanza, Urabá, Necoclí, dinero

Abstract

The migration of travelers from the Global South is linked to constant encounters with social, political, cultural and economic diversities. In every place of passage, new languages appear that shape the relationships between those who move and those who inhabit the spaces. However, money seems to be a common language of understanding between these actors which simply translates between countries and borders. In a context of epidemiological crisis where the economic recession deeply affected the municipality of Necoclí, the migratory crisis seems to activate economic structures. With the massive arrival of travelers from the Global South, in addition to bringing to the scene particular ways of relating to foreign currencies in a dialogue between cultures and realities, a bonanza arrived to the municipality which seems to further alter the concept of "crisis". The purpose of this thesis is to analyze the ways in which money circulates in Necoclí after the massive arrival of travelers from the Global South and how they configure relationships between travelers, locals and spaces in a context of double crisis (migratory and epidemiological).

Keywords: travelers, migration, bonanza, Urabá, Necoclí, money

Introducción

Este trabajo de grado se iba a enfocar inicialmente en la materialidad que acompañaba el viaje de los viajeros en su paso por Colombia. Esta pregunta por la materialidad no solo abarcaba espacios íntimos de la experiencia del movimiento transnacional, si no que se preguntaba también por las huellas y rastros que se dejaban en el camino. Basura, ropa, afectos, legislación y una industria de la migración son solo algunas de dichas huellas y rastros los cuales generaban un impacto en los sitios de paso. Sobre esto, Winters & Reiffen, (2019) retomando a Arturo Escobar hablan del concepto “haciendo lugar”, una aproximación a la forma en la que los migrantes dan sentido a los espacios en los que habitan en su condición de foráneos. Estas prácticas viajeros-locales transforman los espacios sociales y materiales, generando nuevas formas de relaciones culturales. Yo quería enfocarme en las implicaciones de estas prácticas en los sitios de paso, y las marcas que iba dejando el flujo de personas. Como lugares de gran flujo migratorio se convertían a partir de su relación con el otro foráneo.

Estas relaciones son invisibilizadas desde la prensa y los discursos de entidades estatales y no gubernamentales. La migración internacional es reducida a una victimización del viajero y a la satanización del intermediario que se relaciona con él desde su localidad. En muchos sentidos, la visión del migrante víctima ignora la capacidad de estos sujetos no solo de sortear lo que se presenta como riesgos en el camino, sino también de sacar provecho de las coyunturas en su beneficio, buscando rutas y aprovechando estrategias que les permitan facilitar su tránsito por los países. A través de las interacciones con la materialidad quería entender cómo se manifiesta la agencia de los viajeros en los objetos y espacios por los que circulan.

En el trabajo de campo en Necoclí me encontré con una realidad mucho más abrumadora. Era evidente el impacto de la migración en los espacios y la relaciones entre las personas del municipio. La pregunta por la materialidad se desbordaba y dificultaba un acercamiento sin empezar a hilar un montón de fenómenos que ocurrían de manera simultánea. Después de hablar con viajeros y locales y estar presente en las situaciones que ocurrían diariamente en el municipio, entendí que el dinero, para muchos, estaba en el centro de este fenómeno, tanto para quienes se movían y necesitaban este recurso para costear un viaje como para quienes ofrecían bienes y servicios necesarios para este, además de las economías ilícitas, que, en el movimiento de miles de

viajeros, desdibujaban sus límites ante el ojo estatal. Todo esto pasaban en su mayoría por los billetes que circulaban por el municipio y detonaban todo tipo de eventos. Evidenciar la relevancia del dinero, no como un intermediario en las relaciones económicas si no como una materialidad que genera un montón de interacciones y sucesos, me llevo a rastrearlo y conocer como este se movía en la coyuntura migratoria de 2021 en Necoclí, no solo para los viajeros que estaban de paso, sino también para las personas del Urabá y sus alrededores. Por eso, en esta tesis quiero entender cuál es el rol que juega el dinero como un objeto capaz de mediar en las relaciones entre foráneos y locales y como este está ligado a la capacidad de agencia de los viajeros en el paso por Colombia.

Metodología

Esta tesis se desarrolló en el marco del proyecto “Siguiendo los hilos de la errancia: travesías de viajeros del sur global por la región de Urabá” a cargo del profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia Jonathan Echeverri Zuluaga, quien también fue mi asesor de tesis. A la par de actividades del proyecto se desarrollaron dos incursiones etnográficas a Necoclí. La primera fue en agosto de 2021, posterior al cierre de frontera de panamá producto de medidas de protección contra el Covid-19 y en pleno aglomeración de viajeros en su mayoría de origen haitiano en la zona del Urabá Antioqueño, principalmente Necoclí y Capurganá. La segunda fue en agosto de 2022 en un panorama distinto al de 2021, con un flujo de viajeros más bajo y una mayor presencia de viajeros de origen venezolano. En ambas incursiones tuve la oportunidad de hablar y compartir experiencias con viajeros y locales y presenciar y experimentar algunas de las situaciones que se vivían a diario en el municipio.

Seguir al dinero como objeto etnográfico implicó participar activamente en la vida cotidiana de la bonanza en 2021 y 2022 en Necoclí. Por ser difícil de confinar etnográficamente, establecer vínculos con personas (tanto viajeros que buscaban continuar su viaje como comerciantes y hospedadores) y acompañarlas en sus actividades me dio acceso a las interacciones con el dinero en su circulación en el municipio (Truitt, 2013, p.13). Seguir la circulación implicó seguir a las personas que a través del dinero gestionaban su estadía y luego continuar este rastreo a través de los contactos que compartían conmigo sus recorridos y cotidianidades. Por cuestiones éticas, los nombres de mis interlocutores fueron cambiados para proteger sus identidades.

Anclajes teóricos

La migración, como un fenómeno internacional, ha sido tratado desde sus causas políticas, económicas y sociales, abordando principalmente las problemáticas de países de origen, como la pobreza, la violencia y las políticas que generan exclusión y desigualdad. La prensa, como normalizadora de la construcción de discursos de la realidad (Fürsich, 2010) soporta y replica buena parte de estas visiones donde la migración parte de un origen violento y precario y luego pasa por un viaje ilegal, lleno de abusos y peligros, forzados a una condición marginal para llegar a un país primermundista que provee todo lo que hizo falta en la precariedad del tercer mundo. Entre medio de estas visiones se omite lo paradójico que es la condición ilegal de los migrantes, y que en muchos casos es construida por ideas de fronteras y estados nación que, como proveedores de derechos también se les quita a quienes están por fuera de sus límites. En este estado de marginalidad en que las personas que son forzados a salir de sus países y se les despoja de su agencia, la frontera es un espacio de conflictos, donde las muertes de los viajeros en sitios fronterizos legitiman estos espacios de control (Khosravi, 2010) Sobre esto, Papadopoulos, Dimitris. Stephenson, Niamh. Tsianos, (2008) hablan de la autonomía de la migración como una forma de ver como las estructuras de poder fabrican y controlan estas visiones que reduce las múltiples formas de moverse (p.203).

La perspectiva que nos brinda la autonomía de la migración nos permite entender la movilidad como una fuerza que cambia y reconfigura las relaciones con el poder, la economía y la cultura, y no como un fenómeno que está sujeto a estos aspectos. Del otro lado, el viajero está en constante pugna con las fronteras y entidades que controlan estos lugares “Estas luchas son borradas estructuralmente por la retórica de la gobernanza y de la gestión de la migración, a la que hay que denunciar políticamente por su complicidad con algunas de las formas más violentas de la necropolítica contemporánea” (Mezzadra & Neilson, 2017, p.234).

El protagonismo de la gobernanza y el control de las fronteras invisibiliza a los viajeros como sujetos capaces de ejercer una agencia. En el fenómeno de la migración nos encontramos personas que constantemente están gestionando su viaje, conscientes de las condiciones y discursos que podían facilitar o dificultar su recorrido por países de paso. Sobre esto, Gammeltoft-Hansen & Sørensen, (2013) traen el concepto de industria de la migración, donde sujetos y entidades van

lentamente gestionando el flujo migratorio de personas, capitalizando y, al mismo tiempo, incitando al movimiento humano:

Over the last few decades a host of new opportunities have emerged that capitalize on migrants' desire to move, or on the struggle governments face to manage migratory flows. The actors comprising the migration industry range from small migrant entrepreneurs facilitating the transportation of people, to multinational companies carrying out deportations; and from individual migrants helping others make the journey, to organized criminal networks profiting from human smuggling and trafficking. This increasing commercialization of international migration fundamentally impacts not only migratory flows but also all attempts to manage or regulate migration across the world. (p.2)

La migración, más allá de los discursos estatales que priorizan la hegemonía de un territorio delimitado por fronteras, es una actividad humana con un impacto real donde los intermediarios, locales, agentes nacionales e internacionales, grupos legales e ilegales y sobre todo los propios viajeros son agentes activos. Esta agencia de los sujetos en el contexto de la industria migratoria esta mediada por las relaciones económicas que se dan entre personas en movimiento y sujetos que cooptan las necesidades de dichas personas, sobre todo en la región de Urabá como un sitio construido a partir de bonanzas económicas. Aquí, el dinero aparece como un protagonista en estas relaciones.

El dinero ha sido tratado tradicionalmente desde un punto de vista puramente económico, entendido desde su función como bien de cambio y su carácter homogéneo que estandariza las interacciones económicas. Viviana Zelizer (1994), propone entender el dinero más allá de su mera función. El dinero, como objeto, debe ser entendido como heterogéneo, ya que aparecen distintos tipos de dinero que cumplen cada uno diferentes funciones. El dinero, tampoco es estático, pues puede reformado y resignificado dependiendo de los diferentes contextos y redes sociales y culturales (p.22). Sobre esto, Allison Truitt (2013) destaca como las relaciones interpersonales que están mediadas por el dinero, se ven afectadas por la forma en la que se estandariza o se cambian los valores inherentes a las monedas y billetes, incluso pudiéndolos convertir en un bien de cambio. En Necoclí, entre cambistas y divisas, el dinero es el centro de las interacciones sociales. El dinero es especial protagonista en la gestión del viaje. La lucha por retener el dinero es también una lucha

por preservar la agencia, pues es (en la mayoría de los casos que puede acompañar) a través de este que la autonomía del viaje es eficazmente ejercida. Esta se invoca en la materialización del mismo a través de billetes y monedas que de cierta forma permiten un movimiento internacional.

Resumen de capítulos

En el primer quiero resaltar la forma en la que las relaciones económicas en la región de Urabá se han construido a partir de migraciones internas y colonizaciones y ver como esto me permite entender la forma en la que luego es tramitado el flujo migratorio que circula de manera masiva por la región. Empezare hablando rápidamente de la historia de la región, resaltando los tipos de economías y los poblamientos, destacando las formas en que las bonanzas económicas fueron protagonistas en la relación con el territorio. Luego, aterrizare en un contexto más contemporáneo para hablar de la reciente pandemia el cierre de fronteras y su eventual reapertura y el impacto que esto tuvo la migración norte-sur en el continente americano. Finalmente resaltaré la relación de estos dos fenómenos y como determinaron las relaciones que luego se dieron entre locales y viajeros, a través del dinero.

El capítulo dos analizará las formas en la que el dinero de los viajeros entra al municipio de Necoclí. Para este propósito, profundizaré en las experiencias etnográficas en los cajeros. Hablaré de Western Unión y como es usado por muchos viajeros para recibir dinero en forma de remesas. También analizaré lo que implica no lograr retener este recurso y como esto afecta la forma de relación con el espacio y las personas. Por último, analizaré los riesgos que corren los viajeros y como esto impacta las formas de gestionar y relacionarse con el dinero.

El tercer capítulo se va a centrar en las dinámicas económicas que suceden alrededor de la espera de los viajeros en el municipio. Aunque hay una infinidad de necesidades, productos y servicios, este capítulo resaltará los más relevantes: la venta de tiquetes de lancha y las filas en las transportadoras; los hoteles y las casas de hospedaje; los puestos de utensilios ubicados a lo largo de todo el municipio; la compra y consumo de víveres; y las actividades de esparcimiento y la economía del turismo. Transversal a todas estas actividades, subyace el intercambio de divisas que permite el dialogo económico entre los actores del municipio y los viajeros. Se destacará el dinero como un bien de cambio que permite la comunicación en los locales y los foráneos.

En el cuarto y último capítulo cerrare el ciclo de consumo en Necoclí, destacando las formas en la que los viajeros logran continuar el viaje hacia Capurganá, el paso previo a la selva del Darién. También intentare cerrar el ciclo del dinero en Necoclí, analizando los sucesos previos a la salida de lanchas y como la gestión se vuelve evidente. Por último, indagare sobre los resultados de la bonanza y la fuga del dinero de la región de Urabá.

1. Migración y Bonanza

Antes de abordar a profundidad la relación que existe entre la bonanza y la migración, es necesario hablar de la historia de Urabá para entender la influencia que las migraciones internas y las disputas por el territorio tiene con las formas en que luego se gestiona el flujo migratorio.

Urabá como región se ha caracterizado por dos fenómenos: la riqueza natural sujeta a la explotación y el poblamiento a partir de migraciones internas y externas. Ambos fenómenos relacionados entre sí de manera simbiótica. Aunque como región Urabá ha estado en constantes cambios a nivel político y administrativo, su historia ha estado marcada por las colonizaciones que han llegado en diferentes ritmos a establecerse en una región en un principio bastante despoblada. En el 2021, estas dinámicas de explotación, migración y colonización se encuentran con un masivo flujo de personas provenientes en su gran mayoría del sur global.

1.1 Condiciones históricas

Esta primera sección seguirá el trabajo de Iván Adolfo Ríos sobre las dinámicas de poblamiento de la región de Urabá, así como los aportes de otros autores. Esta región se ubica en la zona norte de Colombia cerca de la frontera con Panamá y está distribuida actualmente en los departamentos de Chocó, Antioquia y Córdoba. Es caracterizada por su gran espesura vegetal, abundancia de recursos y salida al mar. En la época colonial, esta zona fue de gran interés por el intercambio comercial con países del caribe, lo que propicio los primeros poblamientos en el puerto de Turbo. El principal interés económico era la explotación maderera y demás recursos naturales cuyas ganancias iban a parar a algunas casas cartageneras, pero principalmente a casas extrajeras.

Desde el periodo colonial, la importancia de Urabá y su integración con la economía internacional se hizo posible debido a la existencia de un vigoroso comercio marítimo desde y hacia el golfo con las islas del Caribe y otras ciudades de tradición comercial como Aruba, Jamaica, Curazao Cartagena. A partir de esta dinámica de navegación e intercambio, se favoreció el surgimiento de los primeros asentamientos en la costa norte de Urabá y se labraron los vínculos entre el caribe y la región, lo que, además, propicio la incursión hacia el interior por vía fluvial del Atrato, de un flujo de negros cimarrones, manumitidos o libertinos, que llegaron por estas vías, quienes gradualmente fueron radicándose a lo largo

del litoral, a orillas del golfo de Urabá, sobre los ríos, los caños, en donde fundaron caseríos como soporte de su actividad entre los cuales Turbo, el más importante centro poblacional de la región (Rios, 2019, p.111).

Ya en la época republicana, desde finales del siglo XIX y principios del XX, entidades extranjeras motivadas por demandas internacionales aprovecharon el acceso que otorgaban puertos como el de Turbo al Mar Caribe para apropiarse de los recursos. La explotación de la región se distanciaba de los centros poblados al interior del país, y se concentraba más en empresas como Emery de Boston dedicadas a la explotación de maderas. Mientras tanto la población que iba llegando cada vez más a la región producto de la demanda de personal se iba abriendo paso estableciéndose y subsistiendo de la agricultura y la pesca. El crecimiento económico de la región lentamente iba creando lazos sociales que conectaban a Urabá con otras zonas del país, principalmente Montería y Cartagena (Villegas, 1998). Ya en 1905, el territorio oriental de la región fue incorporado al departamento de Antioquia que empezó a crear concesiones sobre baldíos a empresas o a personas sin tierra con la intención de estimular la industria, la migración interna y la creación de caminos que conectaran al interior del departamento con el mar Caribe:

Para comienzos del siglo XX la política de asignación de baldíos continuó favoreciendo los proyectos orientados al fenómeno de obras públicas, paralelamente a los propósitos de habitar los territorios mientras se mantuvieran las iniciativas de aprovechamiento de la tierra. De manera que la expansión de la frontera agrícola estuvo ligada al estímulo de la inmigración respaldada por el estado, mediante el otorgamiento de tierras provisto de todo apoyo institucional, induciendo a que los colonos se instalasen sobre los ribetes de las vías para servir de referente y apoyo a otras gentes cuyos intereses para la región estuvieran ligados con proyectos viales y la promoción al poblamiento (Rios, 2019, p.116)

Esta expansión colonial del territorio amplió de gran manera la vocación comercial de la región, que había pasado de actividades de subsistencia a la ganadería y cultivos extensivos, principalmente de banano. Esta expansión indiscriminada creó fuertes conflictos con grupos indígenas y campesinos de la zona, que generaron resistencias y reclamos de tierra. Esto chocaba con los ambiciosos planes de expansión agrícola, que entrado el siglo XX estaba siendo vinculada a la explotación cauchera. Las firmas encargadas de la exportación y comercialización de los

recursos extraídos del territorio se dedicaban solo a comprar lo que los colonos lograban recolectar. Ya a mediados del siglo XX se consolidó esta economía extractivista en grandes haciendas esparcidas por toda la región, muchas de ellas al servicio de la United Fruit Company. Fue en esta época donde empezó una migración masiva de familias campesinas provenientes de Antioquia, Córdoba y Bolívar a asentarse en tierras baldías, quintuplicando la población de la región (Bejarano, 1988). Históricamente, la actividad turística no jugó un papel muy relevante en las finanzas del departamento, al menos no a comparación de los ingresos totales de la producción agrícola que corresponde al 24% del PIB del departamento (Osorio Gómez, 2006).

1.2 Conflictos en la región

Desde la época colonial, la región de Urabá fue la zona predilecta para el contrabando ya a parte de tener unas condiciones naturales propicias para el desembarque de mercancías sumado a la falta de control sobre la zona quedaba relegada al ser Cartagena el puerto principal. Aquí también llegaban grupos marginados y exiliados buscando refugio de guerras y conflictos. Sin embargo, este carácter marginal también dio pie a procesos profundamente violentos que viven hasta hoy. Según Osorio Gómez (2006), los procesos de poblamiento a través de concesiones de tierra han sido acompañados por desplazamientos masivos de grupos indígenas (ya desde la época de la colonia) y colonos pobres (p. 80). Paralelo al crecimiento industrial y la expansión de la frontera agrícola se han naturalizado mecanismos de despojo. En favor del desarrollo, se ha privilegiado a grandes grupos económicos. Bejarano (1988) argumenta que los principales conflictos que se han dado en la región son de empresarios y grupos de trabajadores, destacando el tema de la explotación laboral de poblaciones mayoritariamente racializadas. Esto propició la aparición de sindicatos de trabajadores, pero también creó el ambiente para el asentamiento de grupos guerrilleros como el EPL y las FARC, que empezaron a tener gran influencia en la región y un profundo control del territorio (p. 50). Como respuesta a la presencia de grupos guerrilleros y conflictos por la tierra, aparecen grupos de autodefensa que crean acuerdos con empresarios, ganaderos, terratenientes y dirigentes locales con el fin de salvaguardar los intereses económicos de sus patrocinadores, pacificar el territorio, crear una ofensiva contrainsurgente y profundizar los mecanismos de despojo con fines extractivistas ya instaurados en la zona (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2022).

En la actualidad, el interés económico para empresarios y la administración departamental de la región de Urabá va en aumento, pero al mismo tiempo, la marginalidad y la ilegalidad están tan naturalizadas e interiorizadas, que parece haber una convivencia entre la violencia y la bonanza. Los conflictos que vive la región de Urabá están ligados profundamente a la explotación de los recursos que provee el denominada macrorregión (que se compone de el Urabá antioqueño, sur de córdoba, bajo Atrato y Darién). La bonanza se convierte en un término clave para entender la relación con el territorio, así como la creación de mecanismos para el aprovechamiento de los recursos que este provee (como por ejemplo la migración interna hacia la región, la intervención de entidades como el estado que buscan regular los procesos productivos o la influencia de grandes capitales de particulares, nacionales o internacionales). Entender los procesos históricos ligados al territorio nos va a permitir ver la relación de estos mecanismos con la bonanza migratoria, ya que son los mismos que aparecen en el momento de la “crisis migratoria” de 2021.

1.3 Reapertura de las fronteras en 2021 y migración masiva

Es bien conocido actualmente el uso de Sur y Centroamérica como un corredor migratorio, por donde transitan personas que buscan llegar a Estados Unidos o Canadá. Lo que sí ha cambiado de manera drástica son los ritmos en los cuales se mueven los flujos de personas que, dependiendo de la tendencia local y global de diferentes estados y regiones del continente, aumentan o disminuyen su presencia. Los primeros casos que más resonaron en el continente, fue la masiva migración de personas del caribe a Brasil entre los años 2013 y 2014 producto de la demanda laboral a raíz de la construcción de infraestructura para el mundial de futbol de 2014. Un año después, en el 2015, cambios en las políticas sobre la migración cubana en Estados Unidos crea otro masivo desplazamiento ya no únicamente desde el caribe, si no desde países de sur América que habían acogido a población cubana (Clot & Martínez Velazco, 2018, p.6). El objetivo ahora era Estados Unidos.

Esta última provocó grandes problemáticas en países de tránsito de Centroamérica respecto a la soberanía, la externalización de las fronteras, y las agendas migratorias. En Colombia, consecutivos cierres de frontera desde Centroamérica provoco una aglomeración de personas que quedaban atrapadas en el norte del país, en la región de Urabá. Es importante destacar estos hechos, ya que el tema de la visibilidad es clave para entender cómo se gestiona la migración por parte del

estado y los propios viajeros. Fenómenos masivos como los anteriormente mencionados retiran del ojo público otros flujos migratorios como los que hace ya varias décadas vienen llegando desde otros África y Asia. El tránsito de personas ha sido constante en el continente, pero ha sido gestionado por grupos de terceros (guías, coyotes, etc.), o de manera autónoma por los mismos viajeros. El estado empieza a aparecer como un gestor en momentos críticos, usualmente asociados a crisis internacionales. Esto se vuelve aún más relevante en la región de Urabá, que, como mencionaba anteriormente, ha sido una zona propicia para el desarrollo de grupos armados al margen de la ley (que en algunos casos se mezclan). Las coyunturas rompen con la normalidad de un flujo, y llaman la atención sobre un fenómeno que en otras circunstancias es cotidiano. En el 2015 y 2016, el municipio de Turbo se volvió protagonista en la agenda nacional por las personas de origen cubano que desde hacía algunos meses estaban inundando las periferias del municipio a raíz del cierre de la frontera panameña. Esta situación obligo a los estados centroamericanos a proveer una solución no solo por las crisis que cada país tenía en su territorio (mayoritariamente Costa Rica, Nicaragua y Panamá) si no por presiones internacionales de entidades como El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

La coyuntura migratoria que ha marcado fuertemente toda la región fue la que tuvo que ver con la pandemia por Covid-19. No solo por el prolongado cierre de fronteras que restringió de manera legal la movilidad internacional (y todo lo que esto significo), sino también por la urgencia económica que significó la restricción de la movilidad interna de la mayoría de los países. Los viajeros, al ser una población usualmente marginalizada fue especialmente afectada por la problemática económica (en muchos casos, de ellos dependen familias en los países de origen). Sobre esto Neira (2021) destaca este principio de la sociedad burguesa ideal e inmune: mantener a los migrantes al margen del orden político, volviéndolos más propensos a la enfermedad y precariedad, fortalece un imaginario que separa a los nacionales de los no nacionales, un imaginario de exclusión (pp. 38-39).

Estas condiciones de exclusión crearon a potenciales viajeros quienes, retenidos por la pandemia en sus países de origen, o países donde se habían asentado durante algunos años, preparaban su viaje hacia Estados Unidos. El tema de la migración ahora tenía una carga diferente en las discusiones nacionales. El factor biológico (un virus) les otorgó la potestad a los estados de gestionar en el marco de un estado de excepción. Sobre esto Neira (2021) dice:

En este punto hay que advertir que, como la historia nos ha enseñado, cuando las razones biológicas entran a dominar la esfera de lo político, las decisiones se tornan naturales y evidentes. Incontestables. Dando paso a todo tipo de medidas extremas (...) Notamos con prontitud, como el comportamiento y las acciones de los Estados y sus fuerzas policiales y militares ante las migraciones se han exacerbado en la época del Covid-19. Ello ha brindado la oportunidad para que gobernantes diferentes adquieran poderes extraordinarios para disponer de medidas excepcionales, como son los estados de urgencia, estado de alarma o estado de excepción. (pp. 31-32)

Neira destaca el papel que ahora jugaba la biopolítica en el control migratorio. Este es el principal cambio respecto a las anteriores coyunturas que se centraban más en el tema de la soberanía. Ya a finales de 2020 en Colombia, empezaban a hacerse notar grupos de viajeros que, nuevamente veían su ritmo estancado por el cierre de la frontera panameña (ahora por razones distintas). Ya un reducido grupo de personas era noticia en la prensa colombiana en Necoclí y las medidas eran aislarlos del resto de la población, en una suerte de cuarentena dentro coliseo del municipio. A principios de 2021 el flujo de personas empezó a preocupar a entidades nacionales. Aunque la época más crítica del confinamiento ya había sucedido, la urgencia desatada por las cifras de picos de infectados seguía teniendo un gran impacto en las acciones estatales. Ya a mediados de 2021 hubo un desborde de la capacidad estatal para gestionar la masiva cantidad de personas que, desde Pasto, pasando por Cali, y luego Medellín, llegaban por miles a la región de Urabá concentrándose principalmente en el municipio de Necoclí, y luego en Capurganá. Este contexto es lo que los medios de comunicación, la prensa digital y escrita, y el estado colombiano empiezan a llamar la “crisis migratoria”.

La preocupación por posibles infecciones por Covid-19 se antepuso a lo que anteriormente era garantizar derechos humanos para la población migrante. Ahora la vulneración de los derechos que pudieran otorgársele a los migrantes era respaldada por la coyuntura global, más difícil de poner en duda. Las poblaciones afectadas por estas decisiones eran principalmente viajeros haitianos, provenientes de Chile y Brasil, pero también poblaciones cubanas, venezolanas, personas de varias partes de África, como Nigeria y algunas personas del Sur de Asia. Bajo todas estas circunstancias se fraguaba otra bonanza.

1.4 Crisis migratoria y bonanza económica.

Desde los discursos estatales, y de prensa, la perspectiva de la migración se redujo a una contradicción entre la amenaza epidemiológica que significa una aglomeración de personas, el riesgo que representaba su flujo, y el drama que suponía la migración (discurso con el que se ha visto primordialmente la migración extranjera de paso por el país) para quienes migraban:

Personas con toda clase de necesidades y dramas a cuestas, que ante la imposibilidad de encontrar alguna perspectiva de futuro digno en sus sitios de origen han decidido—o, mejor, se han visto forzadas a ello— emprender un duro e incierto camino hacia el país del norte, aventura en la que se ven expuestas a todo tipo de peligros y vejámenes (El Tiempo, 2021, párr. 3)

En esta perspectiva, la prensa colombiana replica la precarización en la que han convertido a la migración internacional las instituciones estatales. Dentro de la perspectiva de las instituciones y los medios en Colombia, el flujo humano por el continente americano es convertido en un problema humanitario, en donde bandas criminales encargadas del tráfico de personas, usualmente vinculadas al narcotráfico y al paramilitarismo (más que a la guerrilla) perpetran vejámenes que flagelan a las poblaciones en tránsito. La prensa también responsabiliza del fenómeno a otros estados tercermundistas con graves problemas económicos y políticos por su incapacidad de retener a su población. Las tensiones políticas y diplomáticas que produce la migración internacional y la constante lucha de las instituciones estatales contra grupos que operan por fuera de su control define el punto de vista oficial sobre la migración en el país. En consecuencia, bajo el lente del estado, los viajeros que transitan por Colombia hacia Panamá son reducidos a su faceta más vulnerable, casi infantil, víctimas de sus propias circunstancias, incapaces de agencia, donde sus únicas posibilidades son la gestión del estado o bandas criminales dedicadas al tráfico de personas. Esta perspectiva acapara la visibilidad del fenómeno, opacando las profundas relaciones sociales que aparecen entre las personas que circulan por el país, así como entre viajeros y locales.

Dicha perspectiva también ignora lo redituable que es este flujo de personas por el país, sobre todo para aquellos sitios en los que, por asuntos de política internacional, queda estancado en las zonas fronterizas, como Nariño y la región de Urabá. Como las explotaciones maderera, bananera o marimbera, la migración de viajeros del sur global sigue la lógica económica (y social)

de la bonanza, pues replica las mismas estructuras ya establecidas de explotación de la región: como desarrollaré más a profundidad en el capítulo 4, la forma en la que se tramita la migración por estas zonas tiene que ver con la inversión de capitales de otras partes del país (por ejemplo de Antioquia) y atrae mano de obra de otras regiones del país como Córdoba y Bolívar, similar a como han funcionado las bonanzas anteriores.

El dinero juega entonces un papel fundamental en el relacionamiento con la migración internacional postpandemia, que para muchos fue la oportunidad de recuperarse económicamente. La forma de explotación de este flujo (como desarrollare en el capítulo 3) también juega con los propios discursos nacionales e internacionales sobre la migración y las rutas. En Urabá, por ejemplo, el tema del paso por el Darién se convertirá en algo clave para el aprovechamiento de la bonanza migratoria. Para los viajeros, gastar dinero se vuelve fundamental para poder relacionarse con estos sitios de explotación, y, al mismo tiempo, buscan retener este recurso necesario para la gestión del viaje. En el viaje por llegar al norte del continente, los viajeros se enfrentan en su paso por Colombia a una puja por conservar a través del dinero, la agencia sobre sus viajes.

2. La entrada del dinero

Contrario a una falta de agencia, los viajeros que se dirigen hacia Norteamérica usan la gestión como una forma de relacionarse con los sitios de paso. La planificación del viaje necesariamente pasa por el encuentro con el otro no viajero, con entidades gubernamentales y autoridades territoriales estatales y no estatales. Es en este contexto donde percibí al dinero como un mediador en estos encuentros. Para los viajeros, el dinero parece resistirse a ser poseído; tener el dinero y garantizar su presencia, para cumplir su rol como garante de agencia, como lo desarrollaré en este capítulo, se convierte en una labor compleja. Entre el caos de los flujos masivos de personas, los robos y abusos a los que están expuestos los viajeros, la limitada infraestructura de pequeños municipios como Necoclí, las pobres políticas estatales, y la necesidad vital de resguardar este recurso la gestión del dinero empieza como una puja por retenerlo.

El municipio tenía una nueva cara que se reflejaba en todos sus espacios, y detrás de esto se movilizaban grandes cantidades de dinero. La presencia del dinero físico en la gestión no solo permite que se lleven a cabo estos trámites necesarios, también aceita las relaciones sociales con los sitios de paso. Esto es especialmente así cuando el ritmo del viaje es tan lento o cuando se suspende casi por completo como fue el caso de Necoclí a mitad de año de 2021. Esto hace necesario para los viajeros pensar a largo plazo en estadía y alimentación. Algunos llegan seguros al municipio, con su dinero resguardado y listo para cumplir con sus funciones.

Sin embargo, muchos otros son víctimas de robos y estafas que lentamente o de golpe acaban sus reservas. La conciencia del peligro en la ruta lleva a las personas a encontrar estrategias de protección. El desplazamiento, tal como lo cuentan los viajeros (y locales que conocen estas historias), tiene profundos riesgos ligados a su condición de migrantes. Parte de la gestión, consiste en considerar los peligros y tomar medidas para salvaguardar la integridad del viaje. Entendiendo esto, surgen estrategias para conservar el dinero. Las más comunes suelen ser evitar tener el dinero en físico, y resguardarlo más bien en cuentas bancarias de las cuales se pueden sustraer pequeños montos de manera situacional y controlada.

2.1 Los cajeros

Para muchos viajeros, todas estas actividades en Necoclí pasan primero por los cajeros automáticos. Este es otro espacio de encuentro masivo donde, alrededor de los bancos, el viaje se detiene y las filas parece volverse simplemente otro trámite necesario. Tal es el caso de Alba.

Cuando la conocí, tenía los ojos rojos del cansancio. Su voz, áspera y un poco ronca, pero de alguna manera dulce, se manifestaba en un español básico pero sustancioso y contundente. Llevaba una especie de gorro de lana rojo encima de unas largas trenzas, y una chaqueta que se ponía y se quitaba en el calor de Necoclí. Como muchos de sus paisanos haitianos, ella venía de Chile, donde tuvo una laboriosa estadía de cinco años. Por su condición de extranjera, su acceso al trabajo se limitaba a los puestos en limpieza y cuidado. En los primeros años pudo sostenerse y encontrar una estabilidad al mismo tiempo que enviaba remesas a sus hijos (dos niños repartidos en República Dominicana y Haití), pero luego, sus ganancias solo alcanzaban para su propio sostenimiento. La situación se había vuelto inviable para ella en ese país (Alba, comunicación personal, 2021). Yo llevaba más de treinta minutos bajo el sol de las 10 am haciendo una fila del para el cajero que no se movía. Lo normal por esos días. Ella ocasionalmente se adelantaba en la grumosa fila para preguntar por tanta espera, se asomaba y miraba dubitativa a la gente que estaba cercana a llegar, la mayoría hombres sonrientes y bullosos.

Delante de mí había un haitiano solitario que me miraba con curiosidad.

Alba se quejaba del alto precio del transporte en Chile, de clima frío y el racismo. Aun así, decidir salir para ella no fue fácil, pues significaba abandonar una estabilidad que se había ganado con los años y su esfuerzo. Pero su prioridad no era el confort, sino sus hijos. Así que salió, respaldada por sus ahorros y su fe. Su paso por Perú y Ecuador fue fluido y con pocos inconvenientes, pero fue a la llegada a Colombia donde empezaron sus problemas. Nada más cruzar la frontera, fue frenada en Ipiales donde ya se estaban represando miles de viajeros. Allí, confabuló con sus paisanos para protestar a favor de continuar el viaje. Cuando logró comprar por fin su tiquete de bus después de esperar 2 días, estaba programado para cuatro días más tarde. Esto no era una opción para ella, pues no contaba con dinero para gastar en estadía y viáticos. Entonces decidió perder el pasaje, se escabulló de las autoridades y, de alguna manera, llegó hasta Cali (Alba, comunicación personal, 2021).

Después una hora, por fin pudimos acceder a la sombra que nos brindaba el techo de la entrada al banco a cambio de un calor bochornoso que tienen los espacios estrechos y llenos de gente. La entrada al cajero consistía en una rampa en zigzag, a diferencia de la entrada a las oficinas que consistían en unas escaleras. Dicha rampa está separada de la calle por un pasamanos en el cual la gente se suele apoyar. Los más temerarios se sentaban sobre él. Esto permite una interacción de la gente de la fila con los que transitan por la acera y la calle. En este caso, la fila sobresalía nada más un poco de la entrada, donde duramos una hora. Entrando en este espacio se formaba un pequeño peldaño donde se sentó una mujer ajena a la fila. Allí sentada se pasaba la mano por la cara y se masajeara los pies; estaba agotada. Al poco tiempo, Alba cedió al cansancio y se sentó junto a ella. Descubrí entonces que mi compañera de fila tenía una compañera de viaje.

Aquel haitiano que estaba en la fila conmigo seguía observándome con curiosidad. Esta vez le sonreí, y me devolvió la sonrisa.

En Necoclí, donde por esos días había miles de viajeros, la fila del banco era una de varias aglomeraciones que se había vuelto paisaje. La saturación de personas irrumpió en un pueblo que no estaba preparado para sostener esta demanda de necesidades bancarias. Después de algunas horas de funcionamiento y largas filas, pude presenciar como los cajeros se quedaban sin fondos y simplemente dejaban de funcionar, frustrando enormemente a quienes llevábamos horas en la fila. Es en la terquedad de los billetes donde empiezan las tensiones.

Después de hora y media, la fila al interior de la rampa se había vuelto un caos. Mi lugar en ella se había vuelto incierto. Alba, después de estar sentada en una aparente paz, empezaba a subir la voz en acalorados intercambios en creole con otros miembros más recientes de la fila. Su amiga, también participante en la discusión, nos señalaba a mí y a otros sujetos de la fila con furia para luego pararse y avanzar al final, a los cajeros, para intentar captar algún tipo de progreso y enterarse de las discusiones del proceso de retiro de dinero y luego volver a sentarse y masajearse los pies. Después de unos minutos en este ajetreo, inesperadamente, Alba se paró del peldaño para volver a hacer en la fila, justo detrás de mí. Desde ahí, sobresaltada, continuó su argumentación en creole, para mí, ininteligible. Intrigado busqué orientación en alguien. Aparentemente había gente intentando colarse.

Posados sobre mí siguen los ojos de aquel haitiano, esta vez con una risa silenciosa. Me dice: “*Todos dicen que van detrás de ti*”.

Alba estaba a mi lado sulfurada. Llegar a Necoclí no fue fácil para ella y su amiga. Me contó que tuvieron que pagar aproximadamente 400 dólares (por persona) por un taxi de Cali a Medellín. Para ella, un robo descarado. Luego, de Medellín a Necoclí, vinieron en un bus de manera no legal (no pagaron silla) que demoró más de doce horas, pues intentaba evadir rutas principales para no pasar por retenes. Aun así, les tocó pagar un soborno para no ser procesadas cuando policías frenaron el bus. En total, llegar hasta Necoclí les tomo 3 días de viaje sin contar la espera el Nariño. Se les fugó el resto del dinero que cargaban. Llevaban despiertas y de pie las 12 horas del trayecto en bus. Recién llegadas al municipio, su primera misión fue retirar dinero para pagar algún hospedaje.

Cuando hablaba Alba se apoyaba en el pasamanos con sus codos mientras, de vez en cuando, miraba desafiante a quienes intentaron usurpar su lugar. Sus pies estaban hinchados, sus ojos parpadeaban lento y su voz se hacía más tenue, pero, aun así, se mantenía firme y agresiva. Su carácter no se doblegaba, estaba alerta.

Alguien trajo muchas paletas de agua que empezaron a repartir entre todos los de la fila, excepto a mí.

Después de dos horas y media nos acercábamos al final de la fila. En este punto le di prioridad a Alba. Ya tan cerca, sacó su tarjeta débito. Como ella, la gran mayoría de personas llevaban listas en la mano una tarjeta color gris, con una estrella blanca encima de un parche rojo y azul. Decía “*BancoEstado cuenta RUT*” y “*Visa*” debajo de la estrella (Mas adelante supe que era una tarjeta de débito de BancoEstado, un banco chileno). Esta tarjeta les permitía retirar dinero en cualquier cajero Bancolombia. En el pueblo, este era el único que había cerca de la playa donde la mayoría de los viajeros se hospedaban.

Entre más nos acercábamos más entendíamos qué sucedía en los cajeros. La impresionante demora empezó a tener sentido cuando vimos a alguien delante de nosotros entrar a la pequeña pieza del cajero con un grueso fardo de tarjetas. Funcionaba más o menos así: cada persona de la fila tenía varias tarjetas (seguramente las personas de su grupo), las cuales usaba una por una

cuando era su turno de retirar. De esta manera, una transacción que puede durar dos minutos excedía este tiempo dependiendo de la cantidad de operaciones que se llevaran a cabo. Alba, que estaba incrédula, se asomó por la puerta de vidrio que la separaba del cajero para comprobarlo. Cuando su sospecha se volvió real, irrumpió de manera abrupta en el cajero para reclamarle y sacar al hombre que estaba adentro. Este se resistió, y empezó un forcejeo que se hacía cada vez más violento entre gritos inteligibles. Antes que yo pudiera hacer nada, varios sujetos (incluyendo a su amiga) sacaron al hombre y le abrieron paso a Alba hacia el cajero.

Minutos después, Alba salió casi al punto del llanto y se dirigió hacia la esquina del pasamanos: el cajero no la dejaba retirar. Nuevamente el dinero se le resistía. En el desespero, su amiga me arrastró adentro de la pequeña habitación con ella para que le ayudara a descifrar el funcionamiento del cajero. La tensión y la incertidumbre tenían también a la amiga de Alba al borde del llanto. Seguimos las instrucciones intuitivamente en la pantalla hasta que escuchamos el característico aleteo del dinero antes de salir de su jaula. Su alivio fue indescriptible. Cuando vio salir a su acompañante con los billetes, Alba se quitó las manos en la cara, y replicó el alivio de su compañera. Yo hice mi transacción, pero cuando salí habían desaparecido las dos.

Quien sí estaba ahí era aquel haitiano, que ahora masticaba el palito de su paleta de agua mientras me miraba.

En estas circunstancias (de larga espera, de emociones exaltadas y diligencias dilatadas), donde el dinero parece no tener voluntad de entrar, las interacciones sociales empiezan a ser conflictivas y/o solidarias. La urgencia de tener dinero de manera física, necesario para el relacionamiento con los espacios que se transitan, se vuelve toda una labor esencial, y ya no un simple trámite. Lo que se disputa en estos espacios es la subsistencia en la espera y la supervivencia del viaje. La situación es crítica cuando se trata de la presencia o ausencia del dinero.

2.2 Las remesas y la solidaridad

No tuve que ir muy lejos para toparme de frente con Joseph y su grupo de viajeros africanos. Se estaban quedando en el cuarto de al frente en el hotel en el que nos hospedábamos. Eran aproximadamente cinco personas que compartían ruta hacia estados unidos, todos angloparlantes.

Algunos de ellos, que habían vivido unos años en Brasil, hablaban portugués. Joseph, un politólogo nigeriano, fue el primero en establecer un contacto, curioso por saber quiénes éramos, estableciendo conversaciones casuales entre las salidas de su grupo a averiguar cómo continuar su viaje.

La mayoría de los haitianos provenientes de Chile tenían acceso a tarjetas de ahorro, aparentemente necesario para su vida laboral en ese país. Esto les daba un acceso a una cantidad de bancos internacionales que de cierta manera “facilitaban” su gestión y limitaba los riesgos. Otros viajeros son financiados desde otras fuentes internacionales. Para Joseph y su grupo de viajeros africanos la única alternativa en Colombia era Western Union, un banco estadounidense encargado (entre otras cosas) de proveer servicios de ahorro y remesas. El problema para ellos en Necoclí fue la accesibilidad; la sede más cercana quedaba en Apartadó, aproximadamente a dos horas de viaje en dirección contraria a su destino. Sin dinero para pagar un viaje hacia esta sede sin agotar el poco dinero que habían podido ingresar a Necoclí, comenzaba entonces para ellos una puja por traer el dinero. Estas situaciones se volvieron comunes en el municipio.

Era normal entre los hoteleros, hospedadores, vecinos e incluso entre los mismos viajeros, servir de intermediarios en la recepción de divisas internacionales. Esta práctica es referida por los locales como solidaridad y auxilio a los viajeros. En la situación que vive Necoclí, este discurso parece opacar el contexto de bonanza que viven los locales a raíz de la denominada “crisis migratoria”; la empatía y el altruismo son convocados de manera eficaz para subsanar una compleja situación económica de la que parte el municipio por cuenta de la pandemia. En el caso de Joseph y su grupo, no tuvieron que ir muy lejos para encontrar quien recibiera las remesas. Mi compañera en el proyecto, Andrea, saliendo de su habitación, se encontró con Helena (una namibiana que hacía parte de ese grupo, y había vivido en Brasil), que trataba sin éxito de pedirle ayuda a una de las mujeres que trabajaba en el hotel para la recepción del dinero. Marina, la trabajadora del hotel con quien Helena intentaba establecer una conversación, no entendía portugués. Mi compañera sirvió de traductora. Después de intermediar un rato Andrea descubrió que esta no era la primera vez que Helena le pedía este tipo de favor a alguna persona de los lugares que había transitado, y tampoco la primera vez que le pedían esto a Marina, Nos comentó cómo es normal que los viajeros busquen este tipo de ayuda y, por lo que vimos después, también es común ofrecerla (Marina, comunicación personal, 2021).

Para el padre Henri, estas prácticas de ayuda encubren un interés personal de la población local. En una visita a la parroquia de Necoclí, el padre nos habló acerca de cómo el hospedaje, la venta de utensilios, el cambio de divisas y las ayudas con la gestión del dinero son usados como métodos para abusar de la vulnerabilidad de los viajeros que quedaban varados. Lo económico se vuelve crítico, sobre todo para personas cuyo presupuesto se agota rápidamente. Helena sabía muy bien esto, pues ya había padecido a un intermediario que robó todo el dinero que le pudo “ayudar” a retirar de Western Unión, y, aun así, era inevitable encontrarse nuevamente en la misma situación. Marina confirmaba reiteradas veces las historias de robos y abusos que se vivían casi a diario desde que empezó esta “crisis migratoria” en Necoclí. Incluso desde antes. Por eso, su gestión y auxilio era con personas que aseguraba eran de confianza (Marina, comunicación personal, 2021).

Para el padre, la solidaridad no podía proveerse a través de lo monetario, sino de objetos de uso cotidiano que pudieran aliviar la espera, y mejorar el viaje. Comida, productos de higiene y medicamentos eran los principales víveres que repartía la parroquia en esos momentos. En bolsas transparentes se agrupaban productos para distintos tipos de viajeros: para madres con niños pequeños, para mujeres y para familias (padre Henri, comunicación personal, 2021). También había una bolsa más pequeña y ligera con productos enlatados y sueros que repartían en la mañana a las personas a punto de viajar hacia Capurganá (Figura 1.). La solidaridad en este caso se alejaba lo más posible de toda directa interacción con el dinero al punto que las donaciones se recibían exclusivamente en especie (comida, ropa, productos de higiene etc.). Paralelo a estos esfuerzos, se encontraba la cruz roja que ofrecía, entre otras cosas, atención médica, psicológica, mascarillas y ponía a disposición celulares y cargadores. Lastimosamente no todos cabían en estos gestos de aparente altruismo.

Figura 1.

Algunos de las bolsas con recursos para la espera. Necoclí, Antioquia. 13 de agosto de 2021



Nota: A la derecha están las bolsas para la familia ya listas. A la izquierda hay paquetes de pañales. Estos eran repartidos en la parroquia en horas de la mañana.

Está claro el rechazo enfático de la iglesia de Necoclí al dinero, entendido como una forma de pervertir relaciones de solidaridad. Sin embargo, esta forma de contribuir a la difícil situación, aunque bien intencionada, no subsana los problemas más profundos que enfrentan los viajeros recién llegados. El hospedaje, la compra de tiquete, la alimentación y el esparcimiento pasan primero por la inserción en las dinámicas monetarias. La maldad inherente al dinero que la iglesia y algunas ONG presuponen se vuelve, entonces, ineludible en la espera. Los viajeros entienden esto, y los locales también. Conscientes de su posición de concededores de su contexto, auxiliaban a cuantas personas podían, valiéndose de sus recursos y poniéndolos a disposición de los varados a cambio de una determinada suma de dinero. Aun así, también es cierto que esto se presta para excesos, como ocurrió en el municipio con la inflación de los precios de los víveres básicos y algunos servicios meses antes de que llegáramos al municipio.

Helena necesitaba recibir dinero de un amigo suyo en el extranjero, y Marina se valía de una amiga suya en Apartadó para este trámite. Por temas de horario, el dinero llegaría el día siguiente, y ahí, ya con todo el protocolo claro, el contacto de Marina se haría cargo. Las primeras horas de la mañana siguiente todo fueron de pura incertidumbre para el grupo de africanos. Preguntaban de manera insistente donde estaba Marina, y cuando no la encontraban, le preguntaban

a mi compañera si sabía algo. Ya en la tarde el contacto en Apartadó les comunico sin mucha explicación que no pudo hacer el trámite. Esta demora del dinero dilataba aún más su viaje. Era urgente poder traerlo. En el hotel se podía ver a Helena subiendo y bajando entre los pisos, preguntando si alguien sabía quién podía ser intermediario. Ese mismo día, Andrea se enteró que habían conseguido a alguien.

El dinero no sirve solo para la realización del viaje, sino que también es un mediador. El dinero aceita las interacciones sociales entre locales y viajeros (en lo cual profundizaré en el siguiente capítulo). Esto se frena cuando los viajeros no logran acceder y/o retener este recurso. No es inusual que algunos de ellos simplemente no lo logren y queden excluidos de las relaciones en el municipio. Estos viajeros se llevan la peor parte de toda esta experiencia, pues ya sea por falta de dinero o la incapacidad de conseguirlo, son pocas las posibilidades que tienen de gestión de su propio viaje, lo que los deja a la deriva y completamente vulnerables como fue el caso del Chall.

2.3 Cuando el dinero se niega a entrar

En la playa, cerca de uno de los puntos de venta de tiquetes para lanchas, se encontraban cuatro o cinco carpas dispersas en la arena. Sentada afuera de una de ellas estaba una mujer embarazada cargando un bebe envuelto en cobijas. Cerca de ella me miraba pasar un hombre delgado. En el tiempo que estuve en el municipio, esta fue la primera y la única vez que vi carpas dispuestas en la playa. Según había escuchado de la gente del municipio y visto en pancartas (Figura 2), estaba prohibido acampar allí a partir de medidas tomadas por la misma policía, quienes, por cierto, estaban muy cerca de las carpas. En ese momento caminaba junto a John, un haitiano que conocimos en nuestra estadía, quien me acompañaba a deambular por el malecón. Él, que llevaba un buen rato de espera en el municipio, me confirmó esta prohibición cuando se lo pregunte. Decidimos acercarnos a preguntar qué pasaba. Aquel hombre delgado se acercó para confrontarnos.

Figura 2.

Cartel que dice: “prohibido acampar en la playa”. Necoclí, Antioquia. 1 de agosto de 2021



Me precipité a preguntar el porqué de su estadía en la playa. Su única respuesta fue mover su cabeza con un gesto negativo. Lo primero que supe de él fue que no hablaba español, John acudió a mi rescate e inmediatamente asumió las riendas de la conversación. Su nombre era Chall (o al menos eso pude entender), era de Haití, y a diferencia de sus demás paisanos, él no había contemplado en su proyecto de viaje ir a Chile, sino a Guyana Francesa, un país ubicado en la punta noreste de sur América. Allí, trabajó unos años como mano de obra en construcción, antes de decidir emprender un viaje hacia el norte junto con su pareja y madre de sus hijos (aquella mujer embarazada con un niño en brazos) al no poderse nacionalizar (Chall, comunicación personal, 2021).

En ese momento, su problema era con la policía y los funcionarios de espacio público. Ya les habían advertido sobre la prohibición y estaban esperando para que desalojaran el espacio. En ese punto llevaban tres días varados en la playa. Aun así, se lo veía tranquilo. Era alto y delgado, y su voz era suave y muy tenue. John decidió ayudarlo; sin darme muchas explicaciones nos movimos hacia una casa de hospedaje ubicada en los barrios de Necoclí. En este punto de la “crisis migratoria”, el hospedaje en el municipio se había diversificado.

Una de estas casas era la de doña Jimena. Allí vivía John, donde se hospedaba junto con su pareja. Mientras caminábamos, descubrí que la situación de Chall era aún más compleja: en ese momento él no tenía dinero, al menos no de manera física. Un familiar que vivía en Francia le enviaba dinero a través de Western Unión y con eso él lograba gestionar los recursos para su viaje. Al no existir ninguna cede en Necoclí, se vio obligado a quedarse en la playa mientras intentaba averiguar los costos de los tiquetes de lancha para salir de Colombia y buscaba una forma de recibir el dinero. Para ese momento la batería de su celular se había agotado, quedando aislado de su contacto en Francia. Su situación se había vuelto precaria. Cuando llegamos a la casa donde se hospedaba John, entramos hasta el fondo, hasta la cocina donde se encontraba doña Jimena preparando la comida para el almuerzo. Yo me senté junto a ella, Chall conecto su celular a una toma de corriente y John procedió a explicarle a doña Jimena qué pasaba. Le pidió que sirviera de intermediaria para recibir el dinero que enviarían de Francia para luego entregárselo a Chall. La suma era un total de 200€. Mientras esto ocurría, Chall, que se había sentado cerca de su celular, intento prenderlo a los pocos minutos de conectarlo mientras respondía preguntas ocasionales de John.

El problema de Chall refleja finalmente la dinámica económica en el municipio y el protagonismo del dinero. La imposibilidad de acceder al mismo bloqueó, para él y su grupo, cualquier posibilidad de integrarse en el aparentemente caótico flujo de personas, dejándolo varado en una esquina del municipio. El lenguaje económico estimula las relaciones sociales, sobre todo en estos momentos de espera, donde los discursos de solidaridad se mimetizan con la bonanza que significa este río de personas. Para él, su incapacidad para entender el español no fue lo que lo limitó ante este intercambio de bienes y servicios. El dinero que se resiste a entrar y circular lo dejó mudo.

2.4 Conclusión.

El acceso al dinero es fundamental para el relacionamiento con los sitios de paso. El trayecto suele agotar fácilmente el dinero, ya que abre oportunidades para que este se fugue, por lo que cuidarlo durante el trayecto, o en caso de que se haya fugado traer más, es un trámite esencial para la agencia sobre el viaje. Para los viajeros, esta puja empieza en los cajeros, en una de muchas filas que se harán en lo que dure la estadía. Para otros, es necesaria la ayuda de intermediarios que

ayuden a traer el dinero. En cualquiera de los dos casos, solo traer el dinero implica una inversión de tiempo y recursos que puede volverse conflictiva.

Para los viajeros, planeación parte de la gestión del dinero. Sin este recurso se vuelve difícil para las personas poder tener control y agencia sobre su viaje, y pueden quedar excluidos de las propias dinámicas sociales que se dan a través de la economía de la bonanza, aparentemente necesarias para la supervivencia del viaje.

3. La circulación

A la tosca entrada del dinero al municipio, le sigue una tosca circulación. Las personas que recién llegan a Necoclí y logran acceder al dinero parecen quedar atrapados en círculos de consumo. Esto hace que, nuevamente, el dinero no pueda ser retenido por mucho tiempo y empiece nuevamente la puja. Lo que sigue para la mayoría de los viajeros varados en Necoclí son las filas en las transportadoras que los llevarán de Necoclí a Capurganá en yates y, para otros pocos, rutas clandestinas en la noche apostando sus vidas en pequeñas lanchas pesqueras. De cualquier manera, la salida es el centro en torno al cual gira toda la circulación del dinero en el municipio. La dinámica económica que se vive en la denominada “Crisis Migratoria” obliga a las personas a gastar en la espera, con la esperanza de continuar su viaje.

En agosto de 2021, el represamiento de viajeros haitianos había saturado varios espacios del municipio. El malecón y el muelle eran los más llenos; miles de viajeros materializaban los planes cada mañana en las largas filas para conseguir un pasaje de lancha que los llevara a Capurganá, o los que, ya cumplido este trámite, se aglomeraban en el puerto esperando su turno de abordar. En menor medida las plazas y barrios (ceranos a la playa) se llenaban de actividad cotidiana para aguantar la espera, como el hospedaje, compra de víveres básicos, compra de objetos para el viaje, e incluso tertulias y esparcimiento en las playas, barrios, restaurantes y parques. Con la masiva cantidad de personas, el municipio se había llenado de oportunidades económicas para los locales, expandiendo la oferta de servicios y productos a una escala mayor.

3.1 La compra de tiquetes

Mientras conversaba una mañana en el malecón con el profesor Jonathan sobre los sucesos que presenciábamos en la salida de las lanchas, Alba pasó frente a nosotros en dirección al muelle ubicado al sur del malecón. Desde la fila en los cajeros había perdido contacto con ella. En ajetreado tumulto, parecía improbable la coincidencia, así que le comenté incrédulo al profesor que la había visto. Él, también incrédulo, pero por mi actitud pasiva, me hizo reaccionar para que cumpliera mi rol de investigador. Que por algo me había traído a Necoclí. Cuando pude alcanzarla para saludar, estaba agitada. Habían pasado un par de días desde la última vez que la vi y la situación no había cambiado mucho. Estaba buscando a su compañera de viaje que se había perdido entre el tumulto

del malecón cuando trataban de gestionar su salida en lancha hacia Capurganá. La acompañé en su búsqueda que nos llevó primero hasta el muelle sur, donde vio a su amiga por última vez. Mientras caminaba, repetía ocasionalmente “*mucha gente, hay mucha gente*” mientras miraba las gruesas filas a su alrededor, no muy diferentes a las del cajero.

Estas filas, como muchas cosas en ese momento, eran largas y caóticas. Durante mis dos visitas a Necoclí en agosto de 2021 y agosto de 2022, siempre hubo filas para comprar tiquetes de lancha. Aunque la transportadora Caribe S.A prestaba servicio desde las 8:00 am, la fila solo se agotaba durante unas horas después que cerraban sus oficinas. Incluso en la noche era común ver gente sentada en la acera donde se formaba la fila intentando ganar unos pocos puestos para el día siguiente. En una ocasión, paseando por el municipio de noche, en una de estas filas incipientes me encontré a un hombre que se movía a sus anchas en el espacio de formación. Me dijo que su nombre era Florea, y decidió formarse a esa hora (cerca de las 11 de la noche), ya que durante varios días no había alcanzado a comprar los tiquetes. Me explicó que no compraba un cupo de lancha para viajar mañana o pasado mañana, sino para tres días más adelante. Todos los demás días estaban acaparados. A pesar de este esfuerzo, su viaje era incierto (Florea, comunicación personal, 2022). En tiempos con alta afluencia de viajeros las salidas de las lanchas solían demorarse más de lo previsto, 4 o 5 días después de la compra del tiquete. Esto lo descubrí después, ya que los fines de semana se vendían cupos exclusivamente a turistas (posteriormente se empezaron a vender tiquetes para los viajeros los siete días de la semana). La pausa en la venta de tiquetes el fin de semana alargaba aún más la espera de los miles de viajeros varados en Necoclí. En la mañana pude presenciar como la incipiente y dispersa formación de la noche anterior se había convertido en una gruesa y larga fila que doblaba la esquina y se extendía hacia el fondo de la cuadra.

Para Alba esto era un problema grave. La espera prolongada era algo que no podía costear. Estos días se había dedicado con su amiga a averiguar por el malecón que alternativas tenía más allá de la fila en la transportadora, pues el grupo familiar con el que viajaban había conseguido los tiquetes y partía al día siguiente. Le habían dicho que, en la salida de las lanchas por la mañana, quedaban algunos cupos libres de gente que no se presentaba. Pagando un poco extra se podían poner en una lista con la que, en cada salida de lanchas, los nombres en esta llenaban las sillas vacías. Sin embargo, no era garantía viajar de esta manera, por eso necesitaba con urgencia a su amiga para discutir este asunto, y saber si ella había conseguido alguna otra información. Ella se

quejaba de como adelantaban nombres en esta lista a cambio de altas sumas de dinero. Esto parecía un gasto razonable teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y dinero que podía consumir la estadía, pero no dejaba de ser, nuevamente, la necesidad convertida en bonanza (Alba, comunicación personal, 2021).

Poco tiempo después de terminar la primera visita a Necoclí, un hombre haitiano llamado Belony Ivremond fue atacado en una de estas filas cotidianas. Fue apuñalado por otro haitiano que también estaba en la misma fila. Según se sabe, el hombre intento colarse con el beneplácito de la policía que vigilaba el orden, aparentemente pagando un soborno. En estos casos donde el dinero se ‘mancha’, las emociones se agitan en la injusticia del dinero mal usado (Zelizer, 1994) (sobre todo en estas circunstancias donde incluso se agotan los cupos para el soborno). Las fricciones alrededor del retiro de dinero se magnifican al momento de conseguir los tiquetes. Las filas son el mejor ejemplo de esto, pues manifiestan la espera más evidente y es donde las acciones ajenas son observadas y aparecen de manera clara los planes, las rutas y las metas a la par que los sobornos, las estafas y las mentiras.

En el calor de la mañana, del tumulto y de la tediosa espera, se gestan tensiones que llevan al límite las emociones. Belony Ivremond fue llevado con graves heridas en un viaje de hora y media hasta un hospital de Apartadó, donde murió desangrado.

3.2 El cambio de dinero

Consciente de lo inútil que era buscar a su amiga en el tumulto de la mañana, y viendo que tampoco contestaba el teléfono, Alba decidió ocuparse de otra diligencia: necesitaba pesos colombianos. Volvimos caminando y conversando al punto donde la vi pasar y nos topamos de frente con Duván, uno de los tantos cambistas del malecón.

Como muchas de las conversaciones casuales e (para mi) ininteligibles que vivían los viajeros haitianos a diario en las calles de Necoclí, el dinero tenía en muchos casos ese mismo problema. Con la llegada de viajeros internacionales, circulan en el municipio un amplio tipo de monedas a la par que los pesos colombianos. Muchos de estos haitianos llegaban todavía cargando consigo pesos chilenos. Otros, que venían de Brasil, cargaban reales. Pero indistintamente, lo más común era ver dólares. Aquí, los billetes juegan un rol de comunicación económica. Los diferentes

tipos de dinero se enmarcan en diferentes lenguajes particulares que cobran sentido en determinados contextos sociales (Zelizer, 1994): para los necocliseños, como un idioma extranjero, no es claro qué valor tiene un real de Brasil, o un peso chileno. Así mismo, para los haitianos, es difícil traducir el peso colombiano a una suma de dinero en la moneda de su país. Esto genera una grieta en la comunicación imposibilitando el acceso a bienes y servicios. Para quienes no lograron cambiar su dinero en bancos, a través de transacción o remesas, aparece una nueva resistencia del dinero a ser consumado.

Aquí hacían su incursión los cambistas, en la entrada del muelle desde temprano en la mañana. Circulaban por entre el tumulto de viajeros (engrosado con grandes maletas empacadas en bolsas de plástico) repitiendo sin cesar a todo el que pasara cerca de ellos: “*Cambio, Cambio, Cambio*”. Estos traductores de valores posan en distintas partes del municipio a diversas horas del día, trabajando de manera individual, y de cierto modo, como gremio en constante competencia que compite y está en ocasiones articulado a casas de cambio ubicadas en el pueblo. En el 2021, estos personajes aparecían en estos espacios desbordados producto de la demanda de moneda local. Su negocio se basa en la venta y compra de moneda extranjera. Esta operación que se puede hacer en un banco o alguna entidad legitimada estaba fuera del alcance de los haitianos sin sello en el pasaporte (la gran mayoría).

Varios cambistas con los que tuve la oportunidad de compartir me explicaban cómo funcionaba este negocio: cuando cambian cualquier otra moneda al peso, suelen hacerlo al precio oficial, dictado en las casas de cambio y publicado en internet. En este tipo de intercambio no obtienen ganancia, pero lentamente van acumulando dólares. Este proceso culmina cuando cambian los dólares a pesos colombianos. Aquí es donde se infla el valor de la moneda nacional de 100 a 400 por dólar cambiado (dependiendo del vendedor y el momento) en relación con su valor de cambio original. Por esto, la mayoría de los cambistas se ubica en la zona del malecón en la mañana, donde los viajeros más pasan y urgen deshacerse de los pesos que pudieran acumular en el paso por Colombia pues lo que sigue después de Capurganá es Panamá y la selva del Darién.

Una relación similar con el dinero, la menciona Allison Truitt (2013) en su investigación en la ciudad de Ho Chi Minh (Vietnam). Ella destaca cómo en esta ciudad existen tres monedas principales (El dólar, el oro y el đồng) que conviven de manera no oficial, rompiendo barreras de

lo local y lo foráneo y alimentando una economía cuyo principal producto es la posesión y el intercambio del dinero. En estos contextos, el dinero tiene la cualidad de mercancía.

Cambistas como Duván se plantaban en el malecón, donde no solo cambiaban dinero, sino también atendían puestos de utensilios para el viaje. Como muchas otras actividades económicas en Necoclí, el cambio de divisa es uno más de los servicios que hacen parte de esta circulación. Los billetes son un producto tan redituable como los machetes y carpas. Toda interacción económica en el municipio está condicionada al tipo de moneda que se tenga consigo. Frente a eso, Duván me confesó que había una jerarquía en estas divisas. Según él era la siguiente:

1) *El dólar*: Que es el que más se compra y vende. Es una divisa que destaca por su versatilidad a nivel internacional. Su valor radica en su capacidad de cambio, y su alta demanda, sobre todo momento de la salida de las lanchas.

2) *El peso colombiano*: Que se cambia porque los viajeros buscan pagar los viáticos y hospedaje. En buena parte de los lugares del municipio (no todos) no recibían dólares por miedo a represalias legales, entonces les exigían a los viajeros pagar con la moneda local. Su uso es práctico en Colombia. A medida que se acerca la salida del país, surge para los viajeros la necesidad de venderlos con más urgencia.

3) *El peso chileno*: La mayoría de los viajeros haitianos que estaban en Necoclí vienen de Chile. Algunos han logrado preservar la moneda chilena hasta su paso por Colombia. Sin embargo, solo algunos de los cambistas estaban dispuestos a recibir esta moneda. Según Duván, es difícil encontrar sitios oficiales para cambiarlos por pesos colombianos. Para esta divisa tocaba ir hasta Medellín, cosa que solo algunos cambistas podían permitirse de manera regular.

4) *El real*: Esta casi no se ve, pero es traída por los viajeros que vienen de Brasil. Al igual que el peso chileno, solo algunos estaban dispuestos a cambiar por dólares o pesos colombianos.

Así mismo, billetes de gran denominación (como por ejemplo los de 100 dólares) eran un “hueso”, un encarte para quien lo hubiera recibido, según le escuche a una mujer cambista que pasaba de manera regular por donde Duván. El dinero más menudo era más práctico, ya que permitía maniobrar con devueltas de bajo o mediano valor, que en ese contexto era lo más común.

Según ella los viajeros cambiaban dinero de manera controlada, conscientes de la devaluación que significaba el cambio (Duván, comunicación personal, 2021).

La transacción que Alba necesitaba hacer era, a mi vista, sencilla. Tenía pesos chilenos que quería cambiar a dólares. Sin embargo, Duván (que era uno de estos cambistas que recibía todo tipo de billetes) hizo de esta operación algo un poco más complejo. Pasó el peso chileno a peso colombiano, y luego al dólar. Este paso adicional rebajo significativamente la cantidad de dólares al cambio, pues el paso intermedio por el peso colombiano devaluó el valor del peso chileno. Esto, claramente, beneficiaba a Duván, aún más de lo que lo hacía la cotidiana transición de pesos colombianos a dólares. Alba, aun mas indignada le repetía “*Tené conciencia, tené conciencia, esto es un abuso*”. Duván, que no se quedó callado, le aseguró que en cualquier lugar donde cambiaran pesos chilenos en el municipio, que eran pocos, le iban a hacer la misma transacción. Resignada, prefirió cambiar sus pesos chilenos al peso colombiano. El negocio iba bien para Duván, y a Alba el dinero se le fuga.

A Duván lo conocí mientras trabajaba en un puesto de utensilios. Él no era originario de la zona, sino de montería, la capital de Córdoba, a aproximadamente tres horas de Necoclí. Antes, trabajaba arreglando celulares en un local propio, pero un tío suyo que había montado varios puestos de utensilios le pidió ayuda atendiendo uno que había ubicado en el malecón. Ahí, vendiendo productos, se topó inevitablemente con las monedas extranjeras y decidió cambiar dinero paralelo a la venta de utensilios, como era usual entre los vendedores.

Otros cambistas aparecían de pura casualidad en el negocio, como Julián, a quien conocí vendiendo dólares a los haitianos en el muelle temprano en la mañana. Un pariente de Julián es dueño de un hotel en Necoclí. En una ocasión, mientras Julián lo visitaba, conoció algunos viajeros a quienes ayudó cambiando dólares por unos pesos colombianos que tenía a la mano. Luego logró venderles a otros los dólares que había obtenido. Así de simple. Sin esperarlo, fue absorbido en la economía de la bonanza. A diferencia de otros cambistas, él no tenía en el malecón un puesto de utensilios, él circulaba con el dinero. Sus conocidos lo llamaban para cambiar billetes aquí y allá, caminaba por los barrios de Necoclí donde mayoritariamente se hospedaban los viajeros y volvía ocasionalmente al hotel de su pariente. Su presencia en el malecón era principalmente en las mañanas (Julián, comunicación personal, 2021).

Y es que el negocio de cambio de divisa se extiende más allá de los límites del malecón y es practicado, no solo por los cambistas, sino por otras personas del municipio. Necoclí, al momento de nuestra visita, ya empezaba a hablar en dólares. En calles apartadas del malecón vi varios carteles de “*cambio dólares*” en zonas del barrio caribe (Figura 3) y cerca de la plaza (Figura 4)¹

Figura 3.

Letrero en creole haitiano y francés pegado en la ventana de un hotel cerca al barrio Caribe. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2021



Nota: En francés dice, ACHAT ET VENTE y debajo en creole haitiano ACHTÉ É VANN. Ambas traducen: Compra y venta. La ilustración del cartel sugiere claramente una relación con los billetes.

¹ En ambos casos, las fotos nos muestran la relación del dinero con el uso del lenguaje. Ambos letreros hacen uso idiomas extranjeros para referirse directamente a el cambio de dinero, en este caso dólares. Estos casos hacen explicito la función del dinero como un intermediario de la comunicación.

Figura 4.

Cartel pegado de la vitrina de una local cerca de la zona de la plaza. Necoclí, Antioquia. 18 de agosto de 2021



Nota: El cartel dice en inglés DOLLAR CHANGE, en portugués TROCO DE DÓLAR, y en francés CHANGEMENT DE DOLLAR. En todos traduce: cambio de dólares. Al final tiene la foto de un billete de 100 dólares.

Ya caminando hacia donde se hospedaba, Alba se quejaba de lo que había sucedido con Duván, diciendo lo mucho que les tocaba sacrificar y los abusos que recibían los que decidían hacer el viaje. Continúo contándome su vida en Haití, un relato incompleto desde su súbita desaparición de los cajeros. Después del terremoto de 2010 donde murió el papá de su primer hijo, viajo a Republica Dominicana, donde trabajo en oficios varios durante varios años hasta que logró establecerse, conseguir pareja y tener a su hijo menor. Desde muy joven, los viajes habían hecho parte de su vida, y el movimiento internacional la había alejado de sus seres queridos. “*No es fácil*”,

me decía. Ella quería evitarle a sus hijos una vida tan agitada, y planificaba, en el recorrido que hacía junto a mí, el presupuesto para traer a sus hijos a Estados Unidos en un vuelo directo (Alba, comunicación personal, 2021). Ese día me quedó claro que detrás de su estrés, su preocupación y su actitud desafiante estaba en el deseo de cumplirle a sus hijos. A la ausencia de ellos nunca se había acostumbrado.

3.3 El hospedaje

En el corazón del barrio Caribe, a aproximadamente siete cuadras del malecón, llegamos a una casa con un letrero que decía “*Residencia Sol Caribe*”. Allí estaba su amiga sentada en la entrada. Alba la saludo con (lo que supongo fueron) insultos en creole. Un intenso manoteo de parte de las dos fue la señal para retirarme.

Antes del confinamiento generado por la pandemia, para los hoteleros era ilegal hospedar a viajeros que no contaran con salvoconducto u otros documentos avalados por el estado. Aunque no siempre había controles, muchos hoteleros se abstendían de hospedar incluso a las personas regulares con sospecha de no contar con documentos regulares. Circulaban noticias de capturas a personas que usaban sus casas para hospedar a los viajeros sin documentos acusados de tráfico de personas. En Necoclí el flujo de personas es constante, tanto para turismo como tránsito. Como es lógico, la economía local busca atrapar estos flujos de personas. Armando y Rosa (hoteleros del municipio), nos contaban que por esos días eran usuales las citaciones a reuniones de hoteleros por parte de Migración Colombia. En estas reuniones, funcionarios de esta institución ponen al día sobre las reglamentaciones turísticas, advierten sobre los problemas de la migración y las sanciones que pueden quienes infringieran ciertas normas (Armando y Rosa, comunicación personal, 2021).

La grave situación epidemiológica que significó la pandemia obligo a un confinamiento de todo el país, restringiendo también la entrada de viajeros. Se frenaron todos los flujos. Esto fue un duro golpe para la economía turística del municipio, que dejó de ser un ingreso de miles de personas. Ahora las sanciones no solo estaban orientadas a combatir la migración ilegal, sino que también se enfocaban en castigar el incumplimiento de medidas de bioseguridad. Esto mezcló un contexto de escasez económica con condiciones cada vez más limitantes. La situación se volvía insostenible para los habitantes del municipio que subsistían gracias a los ingresos del turismo. Las personas que llegaban en esos momentos al municipio con la intención de seguir hacia Panamá

eran puestas en un albergue (el coliseo del municipio) donde eran retenidas para evitar que se contagiaran o contagiaran a otros.

El masivo flujo de viajeros haitianos que llegó durante la primera mitad de 2021 alteró totalmente el contexto de restricciones y cierres. Según nos cuenta Armando, entre los hoteleros de la zona decidieron todos conspirar contra las restricciones y acoger al gran flujo de personas (en una actitud de “*Si cogen a uno, nos cogen a todos*”) que estaban llegando por miles. Aun así, no era suficiente esta rebelión para saciar una necesidad que crecía de manera exponencial. No había cupo en los hoteles para tantas personas. En este punto, las casas de hospedaje que recibían gente por tarifas más moderadas se pusieron a la orden del día, expandiendo esta actividad a una gran parte de las casas del municipio. Para Claudia, una habitante del barrio caribe significó adecuar la casa de su madre (que estaba inhabitada desde el confinamiento) a raíz de la demanda de hospedaje que llegaba con el río de haitianos. Compró varios camarotes, colchones, utensilios de cocina entre muchos otros productos. Ante la demanda, cualquier casa podía adecuarse debidamente y ser puesta en oferta; los flujos dejaron de ser asunto exclusivo del turismo hotelero. Ahora todos podían verse beneficiados por el flujo de personas. El Estado cedió solo de manera parcial ante todas estas demandas, dejando de por medio algunos requerimientos necesarios para “*hospedar migrantes*”. Algunas casas, incluso, fueron registradas en la cámara de comercio para funcionar con todos requerimientos legales (Claudia, comunicación personal, 2021).

Estas demandas trajeron estragos para los servicios básicos del municipio. El agua empezó a escasear en las zonas más periféricas. Claudia nos contaba como las personas a quienes todavía les llegaba el agua de manera habitual podían darse el lujo de cobrar más caro el hospedaje, mientras quienes, como ella, que se le dificultaba el acceso al agua tenían que lidiar con quejas de sus huéspedes, viéndose obligados a pagar por bombas de agua que, conectados a los tubos, traían forzosamente agua del acueducto. Resignados a la espera, los viajeros buscaban algo de comodidad. Los grandes grupos buscaban una cocina adecuada para preparar la comida, que es más económico que comer en algún restaurante (y mejor comida según algunos). La plaza de Necoclí se llenaba de viajeros haitianos, principalmente mujeres que se reunían a comprar los ingredientes del almuerzo. Las cocinas y los comedores eran un punto de encuentro entre los integrantes del grupo, sobre todo los grandes grupos conformados por varias familias. Muchos

viajeros, incluso estaban dispuestos a pagar extra por habitaciones con aire acondicionado. Lentamente el dinero continúa su fuga, ahora en una cotidianidad forzada por el represamiento.

Muchos de los hoteleros y hospedadores (como mencione en el capítulo anterior) también eran los intermediarios en el intercambio de divisas y recepción de dinero de los viajeros que hospedaban. Armando contaba como al principio, antes de las restricciones, recibía dólares o se ofrecía a cambiar billetes por dólares o pesos. Incluso hablaba con la transportadora para comprar tiquetes de viaje que vendía luego a quienes hospedaba. Para Armando, esto era una labor humanitaria, una ayuda por solidaridad que le evitaría a las personas unas largas y agotadoras filas, y los abusivos precios de revendedores y cambistas. También contaba, como si fuera una historia de terror, cómo a otros hoteleros colegas suyos que hacían lo mismo los cogía la policía y los judicializaban por trata de personas y lavado de dinero. Se quejaba al mismo tiempo de la propia corrupción de la policía quienes pedían sobornos de manera constante a los viajeros. Aun así, nos dijo (con un tono de voz un poco más bajo) que el de vez en cuando recibía dólares. Paralelo a estas historias de solidaridad, comentaba como los haitianos que estaban pasando por el municipio habían ayudado a muchas personas (incluyéndose) a recuperarse económicamente. Entre los hoteleros se mezclaba el discurso de la solidaridad y la bonanza, donde la ayuda es mutua y todos salen ganando (Armando, comunicación personal, 2021).

Una vez resuelto el tema del hospedaje y el trámite de los pasajes para ir en yate a Capurganá, no queda si no aguantar la espera. Hay quienes (como Alba) buscan acortar este estado liminal, donde diferentes factores les impiden moverse. Mientras culmina el tiempo de espera, otros adelantan la compra de objetos necesarios para el viaje. Es conocido entre todos que después de Capurganá sigue el paso a pie por el tapón del Darién, un largo tramo de selva difícil de atravesar. Parte del miedo en el viaje es precisamente este lugar, no solo por los riesgos que tiene moverse por una espesa selva, con animales peligrosos, terrenos irregulares, ríos y la misma espesura vegetal, sino también por la presencia de grupos armados que controlan la zona. Esto es bien sabido por los habitantes de la región y por fuera de esta (incluso del país). La prensa se encarga de difundir noticias sobre la peligrosa ruta por el Darién. Los propios viajeros que se conectan a redes sociales y crean o siguen grupos de viajeros, comparten advertencias e historias de lo que se pueden encontrar los que atraviesan la selva.

3.4 Puestos de utensilios

Esta información sobre el viaje juega un rol fundamental en la gestión del mismo, y también en las relaciones económicas entre viajeros y locales. Esto cobró sentido cuando recorría el municipio, principalmente en el 2021, y me encontraba de frente con una gran cantidad de artículos de viaje que se vendían en todos los rincones. Aparte de las tiendas de artículos varios en las zonas de la plaza que estaban llenos de carpas, botas, machetes, chaquetas, bolsos entre otros (Figura 5.), también había carretas que posaban a lo largo del malecón y el barrio Caribe. Desde temprano en la mañana llenaban las calles con todo tipo de artículos. Incluso algunas cambiaban de lugar a lo largo del día, moviéndose por lo sitios donde más se aglomeraban viajeros.

Figura 5.

Un local comercial cerca de la plaza que vende, entre otras cosas, utensilios para el viaje por el Darién. Necoclí, Antioquia. 18 de agosto de 2021



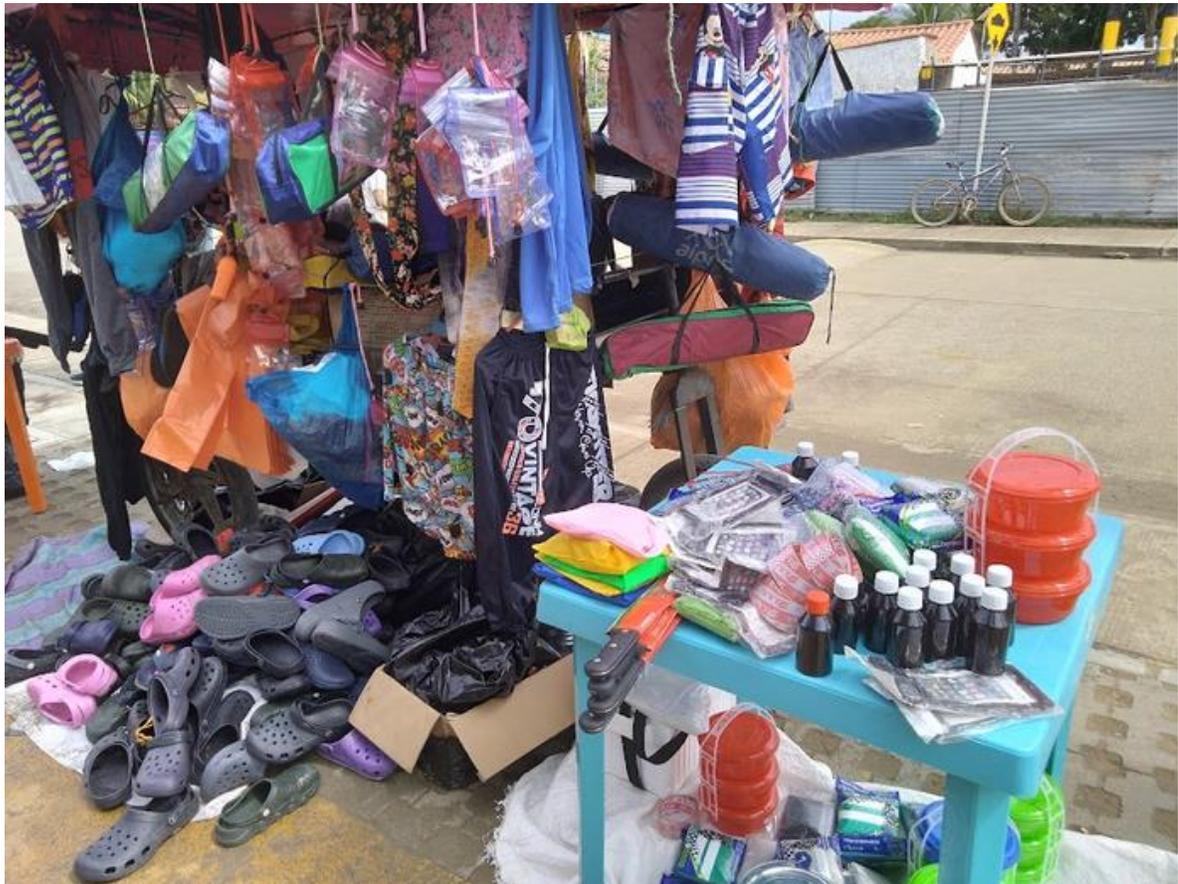
El primer día que pasamos en Necoclí, mientras recorríamos las calles del malecón, el profesor Jonathan, Andrea y yo, conocimos a un vendedor de uno de estos puestos. El de él era una

mesa de plástico sencilla cargada de algunos objetos básicos para el viaje, aparte de algunos productos naturistas. Al acercarnos curiosos a observar, inmediatamente nos abordó y nos empezó a hablar del Darién. Nos contó con lujo de detalles como la selva era un sitio oscuro y peligroso, lleno de culebras, traficantes, grupos armados e indios. En medio de su relato, me llamo la atención entre sus productos un frasco de jarabe sin ninguna etiqueta llena de un líquido oscuro, y pregunte que era. El vendedor agarró uno y empezó a exhibirlo en sus manos mientras nos explicaba que era creolina, una sustancia “*indispensable para la selva*”. Se usaba antes de dormir, marcando un perímetro alrededor del campamento con el propósito de alejar a las culebras. Un producto cuya mera existencia era alarmante. Asumiendo que íbamos a cruzar el Darién, hizo énfasis en la necesidad de tener varios de los productos de su mesa a la mano reiterando el peligro de la selva. Sin darnos cuenta nos había cautivado con su descripción.

El profesor Jonathan halagó sus capacidades mercantiles, preguntando por su procedencia. Se presento como José Martínez un venezolano pastor evangélico radicado en Colombia. Cuando entendió que no pretendíamos cruzar el Darién, la conversación se volvió un poco más íntima. Nos contó que no se dedica precisamente a vender estos productos. Su mercancía realmente eran los frascos de productos naturales para los cálculos renales (entre otras enfermedades), pero un amigo suyo que atendía el puesto en el que estaba había enfermado por lo que asumió el puesto a cambio de un porcentaje de las ventas. La mayoría de las personas que atendían estos puestos con las que pude no son realmente los dueños de las carretas/mesas ni su mercancía. La mayoría de ellos son únicamente vendedores, intermediarios de alguna persona o ente que usualmente no está en el municipio, pero si viene de cuando en cuando a ver cómo va su negocio y reclamar el producido. José, al igual que Duván, también sacaba rédito del cambio de divisas, como lo presenciamos en un trámite fallido con una pareja de haitianos que se acercó en ese momento. Ellos hacen parte de la masiva migración hacia la región de Urabá que llegan movidos por la bonanza económica.

Figura 6.

Puesto de utensilios de los que se podía encontrar en el malecón. Necoclí, Antioquia. 15 de agosto de 2021



Muchos puestos estaban desbordados de productos, al punto de juntar las carretas con mesas adicionales y/o amontonar objetos en plásticos o cartones en el piso junto a esta. Los objetos que se podían encontrar en aquellos puestos de utensilios eran variados (Figura 6). Las carretas que tenían techo usualmente exhibían ropa de ganchos (pantalinetas, camisillas, blusas, pantalones, gorras y faldas adecuadas para el calor de Necoclí) en unas varas que sobresalían de la parte superior. Del techo también colgaban otros productos como bolsos o carpas que se amarraban unas con otras de las cuerdas de sus estuches como si fueran eslabones. Otros vendedores amontonaban en el suelo objetos con los zapatos a modo de racimo organizadas de más grandes a más pequeñas. En la base de las carretas había maletas de plástico negro contenían pequeños fogones a gas, cuya fuente eran pipetas de camping. La llama que se podía controlar desde un swiche. Los vendedores que podían permitirselo exhibían estos fogones en una mesa aparte. Otros ubicaban en estas mesas machetes; fundas impermeables para el pasaporte, celular y billetera (que tenían una cuerda para

colgarse del cuello o amarrarse a alguna parte); cinta, y por supuesto, la creolina (Figura 7). En el piso ubicaban botas y crocs, también paquetes de bolsas, colchonetas, y ollas. Debajo de las carretas y las mesas había costales y bolsas en las que, al final de la jornada, guardaban sus productos.

Figura 7.

Mesa junto a una carreta en la cual hay machetes, impermeables, botellas de creolina y recipientes. Necoclí, Antioquia. 15 de agosto de 2021



Vendedores como Duván traían su silla propia y se sentaban justo en frente de su puesto, buscando la sombra en los momentos más soleados, reaccionando cuando algún interesado se paraba a ver algún producto. Incluso traía a su propio ayudante. Otros como José, se paraban justo a su puesto expectantes, llamando la atención de quienes circulaban. Ambos tenían consigo una riñonera en la que cargaban fajos de billetes de diferentes partes que sacaban a relucir cuando iban a recibir o devolver dinero. Este espectáculo era permanente en el malecón. Los billetes en abundancia eran pan de cada día para las personas que en ese momento trabajaban en Necoclí. Vi varias veces a algunos de estos vendedores moverse de un lado a otro con un grueso fajo de billetes que apenas les permitía cerrar la mano, quizá buscando cual de sus colegas le cambiaba los “huesos” que traían, como era usual en las interacciones entre vendedores. No es casualidad que

estos fajos fueran tan parecidos a los que terminaban sacando los viajeros de los cajeros. Tiene sentido, como mencioné antes, que las carretas más livianas que eran movidas de lugar se hicieran donde se aglomeraban las personas. Esto incluye la zona donde se arman las filas en los cajeros. La mayoría de estos puestos se quedaban estáticos en puntos infalibles para la venta de productos, pero los que se movían lo hacían con el flujo de dinero, es decir, hacia el barrio caribe, la zona del parque, la plaza, y, por supuesto, el malecón. Los vendedores son conscientes de donde está la plata. Y la plata sabe dónde están ellos.

3.5 El esparcimiento en el municipio

En la resignación a la espera, la economía de la migración y la turística desdibujaban sus límites. Cuando ya se habían agotado los tramites y movidas para continuar el viaje lo antes posible o cuando algún trámite estaba pendiente de reanudarse al día siguiente; cuando la espera por fuera de las tediosas filas se hacía nuevamente explícita era un buen momento de visitar la playa, comer alguna chuchería o tomar cerveza mientras se escuchaba música. Parte del uso del dinero también consiste en el esparcimiento en el municipio. En las playas más cercanas al puerto, dispersos quioscos ponían a todo volumen un ritmo haitiano llamado Raboday, mientras en las sillas y mesas cercanas se sentaban hombres y mujeres haitianos de rostros sonrientes que lograban comunicarse sin problemas a pesar del ensordecedor baffle. Diaria y masivamente este escenario se manifestaba en las playas del malecón entrada la tarde cuando ya no había lanchas transportando viajeros y la fila de la transportadora se estaba menguando.

Restaurantes, bares, incluso la gallera se llenaba de rostros extranjeros. Por las noches se encontraban en el malecón y el barrio Caribe grupos de personas para jugar cartas en mesas colocadas en las aceras; se instalaban puestos de comida rápida atendiendo hasta la mañana siguiente. Duván en algún momento comentó cómo muchos de los viajeros eran muy derrochadores. Algunos alquilaban motos para darse paseos por el municipio. Otros consumían drogas y pagaban servicios sexuales. Esto último Armando lo confirmó con una anécdota acerca de cómo le tocó sacar a varios huéspedes de su hotel por ingresar (según él) trabajadoras sexuales a sus habitaciones, cosa que no toleraba que se hiciera allí. Duván incluso me mostraba varios celulares que los viajeros le cambiaban por utensilios o por algunos dólares, según él, porque se gastaban toda la plata en cosas innecesarias.

Muchos otros preferían pasar tiempo con sus grupos encerrados en los hoteles y casas de hospedaje, hablando y compartiendo, como en muchas ocasiones pudimos experimentar en el hotel donde nos hospedábamos. La agencia no solo tiene que ver con la planificación del viaje, sino también con la comodidad del mismo. El dinero también era presupuestado para estos momentos de esparcimiento.

3.6 Conclusión

En este capítulo, la circulación es un tema central. Entender las diferentes formas en las que la espera obliga a las personas a consumir bienes y servicios es también entender las formas en las que el dinero se esfuma: el dinero que ingresa al municipio y se ve atrapado en las necesidades de la coyuntura lentamente se va agotando en la espera, goteando de los bolsillos de los viajeros que gastan recursos en su subsistencia. Inevitablemente el dinero se acaba y obliga a muchas personas a volver a los cajeros o a Western Unión, donde reinicia la puja por el dinero que insiste en no ser poseído. Parte de esta espera lo suficientemente larga como para volverse cotidiana, era lidiar, desde la gestión, con las constantes fugas de dinero y programar nuevas visitas al cajero. Era usual ver rostros conocidos en las filas de los cajeros, los mismos grupos y las mismas dinámicas. Calcular cuánto más dinero hacía falta no era algo fácil. Por esto, muchos viajeros terminaban con michos pesos al momento de la salida de las lanchas y surgía la necesidad de cambiarlos.

4. La fuga

Después de varios días, una vez comprados los pasajes de lancha y con fecha de salida, la mayoría de los viajeros logran reanudar el itinerario. Muchos otros, con el afán de continuar, logran salir por vías alternativas, no necesariamente legales. El círculo de espera en el que muchos quedaban atrapados se convertía en una línea recta. Una última retirada de dinero en el banco compra de los últimos indispensables, como la comida y bolsas de plástico y arreglar la salida de hoteles o casas de hospedaje son algunas actividades que van cerrando este ciclo. Algunos, como Josh y su grupo, decidieron darle una última visita a la playa para apreciarla desde aguas poco profundas, pues no sabían nadar. De esta misma manera, un gran grupo compuesto de varias familias que conocimos en el hotel donde nos hospedábamos hizo algunas visitas a la playa antes de viajar a Capurganá. A Josh y su grupo los conocí al final de su viaje producto de un encuentro con Andrea y el profesor Jonathan, quien fue quien me lo presentó ese día. Josh tenía ese rostro sonriente ya característico de los haitianos, cabello largo y trenzado y un gusto particular por las fotos. Al igual que sus compañeros de viaje, su actitud era una mezcla entre despreocupación y nervios, sobre todo por el viaje en lancha. El mar abierto les causaba temor, sobre todo las criaturas que pudieran atacarlos.

Algunos de los miembros del gran grupo familiar del hotel, como Darline, su beba (como les dicen a los bebés en Chile), Junior y su madre y Samuel decidieron visitar la playa con nosotros producto de una salida a la rutina del hotel propuesta por Andrea. A diferencia de Josh, Darline se dejó convencer de adentrarse aguas profundas para intentar aprender a nadar. En esta acción había un profundo temor de no poder ayudar a su bebé de pocos meses en caso de una tragedia. Igual Junior, un niño que, movido por intentar ayudar a su familiar en caso de un naufragio, nadó hasta cansarse en un juego por no hundirse. Este temor al viaje en lancha no fue algo extraño de encontrar. Son conocidas las noticias alarmantes de naufragios ocurridos en las aguas del golfo de Urabá y, aunque no sean la norma, preocupan a los viajeros, sobre todo quienes viajan con familia y a los que nos saben nadar. Una parte integral del viaje es la constante preparación no solo física, sino psicológica. Los nervios no parecen abandonar a los viajeros, sobre todo en la antesala del Tapón del Darién

4.1 La fuga de los viajeros

Una vez las compras están hechas, las maletas empacadas, el dinero cambiado y la suerte echada, los viajeros se reúnen de a poco, desde temprano en la mañana, en los puertos de salida. Casi todo el malecón se llena de personas con grandes equipajes envueltos en bolsas plásticas, de los cuales cuelgan los utensilios que no cupieron en la maleta, como las carpas, machetes, colchonetas y zapatos. Este era un escenario rutinario. Algunos guardaban silencio mientras miraban detenidamente lo que iba sucediendo bajo la carpa previa al muelle, por la cual tenían que pasar todos (Figura 8). Allí, trabajadores de la transportadora se movían ajetreados con listas en planillas, mientras con un parlante iban anunciando los nombres de quien debía ingresar al muelle. Otros hacían tramites de última hora. Era normal ver desde temprano personas con grandes maletas acercándose a los puestos de utensilios comprando suministros para el viaje. Otros se acercaban a los puestos de comida. Cecilia, una vendedora informal que cuidaba en ese momento el puesto de comida de su hermana (donde vendía fritos), me contaba que desde la mañana llegaban viajeros pendientes de salir a comprar decenas de arepas de huevo, y empanadas, aprovisionándose para la selva del Darién (Cecilia, comunicación personal, 2022).

Figura 8.

La entrada al muelle norte. Al fondo se ve uno de los yates que transporta a los viajeros. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2021



Entre estas personas que se aglomeraban en la entrada del muelle, había viajeros, como mencioné en el capítulo anterior, que sacaban fajos de pesos colombianos para intentar cambiarlos por dólares pagando un sobrecosto a los cambistas dispersos por todo el malecón. Una vez hecho el trámite, las personas procuraban resguardar de la selva el dinero que quedaba de la estadía en Necoclí y que se había esfumado. Los peligros allí no eran los mismos que en las zonas urbanas y los viajeros lo saben mejor que nadie. El voz a voz y el constante bombardeo de información de redes sociales los mantenía al tanto de los riesgos y también de las recomendaciones.

La gestión y la retención del dinero vuelven a ser explícitos al momento de salir. En estos escenarios cotidianos, mi compañera Andrea logró presenciar cómo la gente escondía los dólares en empaques vacíos de desodorante. Antes de que el grupo de Darline partiera, también le contaron a mi compañera cómo los pañales eran útiles más allá del cuidado de los niños. La estrategia consistía en poner el dinero en el interior de un pañal nuevo y seco, el cual luego era manchado con algún líquido de color amarillo (como jugo de naranja) para simular orina. Luego era envuelto como si estuviera listo para ser desechado. Este contenedor volvía invisible los gruesos fajos de billetes a quienes los codiciarán. Un lugar poco probable de esconder tanto valor. Es indispensable, entonces, preguntarse nuevamente por la entrada del dinero que los viajeros traen consigo a Necoclí, más allá del que retiran en los cajeros del municipio y que pasa desapercibido en puestos de control, extorciones y robos. La preparación y gestión (que es permanente en el viaje) consiste en barajar los riesgos. En la salida de las lanchas se vuelve evidente la agencia sobre el dinero y sobre el viaje. Aquí el ciclo de espera parece cerrarse, pero puede comenzar de nuevo en Capurganá.

Lento pero constante, los yates se van llenando y abandonando el puerto. La salida de lanchas dura toda la mañana. Al lado de la carpa siempre hay personas a la espera de algún cupo sobrante (Figura 9). Estos sujetos, que usualmente viajan solos, todos los días están listos para salir. Una de estas personas era Alba quien de manera sorpresiva me escribe diciendo que está sana y salva en Capurganá, lista para cruzar el Darién, aunque ahora sin un grupo. Había podido poner su nombre en la lista para llenar cupos sobrantes en los yates. Su partida fue un día después de nuestro último encuentro en el malecón.

Figura 9.

Lugar donde funcionarios de la transportadora gestionan las salidas de los viajeros, justo al lado de la carpa donde se pasa para el abordaje. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2021



Otras personas optan por correr riesgos con tal de escapar de la compleja situación de Necoclí y el ciclo que los atrapa. Al igual que el dinero en los pañales “sucios”, muchos viajeros se encubren para hacer viajes clandestinos en lanchas pesqueras. La noche se vuelve un velo que los aleja del ojo público y, al mismo tiempo, los pone en peligro. Rosa, la dueña del hotel donde nos quedábamos nos contaba como algunos extranjeros que hospedaba salían de manera sigilosa tarde en la noche con sus maletas. Estos viajes nocturnos son ilegales, pues la baja visibilidad del mar, la marea alta, la precaria seguridad de las lanchas y la poca fuerza de sus motores que carga pesadamente varias personas con equipajes son la receta para un naufragio. Sin embargo, evita la larga espera (Rosa, comunicación personal, 2022).

En cualquiera de los dos casos, sea asumiendo la espera u optando por continuar usando transporte clandestino, el dinero está en riesgo de fuga. En el primero, por el gasto excesivo que significa quedarse varios días en espera, y en el segundo por el alto riesgo de robo por la vulneración que la condición ilegal conlleva. Se fuga de Necoclí el dinero que haya podido ser retenido por los viajeros. Pero del dinero que los necocliseños ganan en el circuito de bonanza, muy poco permanece en Necoclí.

4.2 Lo que queda de la bonanza

Lo que queda en el municipio no refleja de manera contundente esta bonanza económica. Los cambios y las inversiones son evidentes, pero la gran mayoría del dinero que se obtuvo de esta bonanza se fuga del municipio. Duván, mientras cuidaba su carreta tranquilamente, nos comentaba en un tono conspiratorio como la mayoría, si no todos los puestos de utensilios que había en el malecón le pertenecían a algún sujeto ajeno al municipio, y a la región. Y así mismo, la mayoría de quienes los atendían no eran locales de Necoclí. En estas palabras Duván generalizó su propia situación. Él mismo cambiaba los billetes que recibía en Medellín, y los gastaba en Montería o en el Valle del Cauca (Duván, comunicación personal, 2021).

Marta, una mujer que conocí en uno de estos puestos presentaba una situación parecida. También tenía origen en Montería, pero su llegada al municipio fue gracias a su hermana, quien había venido en busca de trabajo, atendiendo el llamado de la bonanza. Marta era una mujer mayor, de unos 50 años, delgada, de baja estatura y ojos claros. Toda su vida había sido ama de casa, pero sus hijos se fueron, y su marido trabajaba todo el día. La soledad y el aburrimiento la llevaron a buscar “*Algo que hacer*”. Hablando con su hermana se enteró que ganaba buen dinero atendiendo puestos de utensilios, y surgió la propuesta de asistirle por una fracción de su sueldo (Marta, comunicación personal, 2022).

En el momento en que me contó su historia, Marta (quien ya atendía un puesto diferente al de su hermana justo en frente) y su hermana eran fieras competidoras. Argumentaba que su hermana le quitaba los clientes con estrategias sucias. Mientras me decía esto, ocasionalmente paraba la conversación para intentar escuchar los precios que ofertaba su hermana a algún viajero, para luego llamarlo y ofertarle el mismo producto por 2000 pesos menos. Ambas eran intermediarias de alguien a quien Marta denominaba ‘El señor’ o ‘El dueño’, algún comerciante de la capital de Antioquia.

El dinero que estos comerciantes ganaban lo llevaba regularmente algún emisario, o el mismo dueño llegaba a revisar inventario, reclamar el dinero, y pagar salarios, salarios que usualmente iban a sostener familias, financiar estudios, mejorar locales o se gastaban en esparcimiento fuera del municipio. Mas aun, en el hotel, un familiar de don Armando se quejaba de como varios de los hoteles y casas de hospedajes no pertenecían a personas del municipio,

personas que no tenían ningún interés en Necoclí más allá del rédito económico. Esta situación, aunque normal en Colombia, tiene una escala mayor en estos momentos de post pandemia (Armando, comunicación personal, 2022).

En contraste con la fuga de capitales, lo que sí quedó en Necoclí fueron estructuras que se armaron durante el caos de 2021. Un año después, aunque menguada la bonanza, las instituciones y los locales mantuvieron su presencia. ONG, presencia estatal, grandes carteles con indicaciones (Figura 10), figuras ya distinguidas que pretendían facilitar el tránsito etc., hacen una presencia más visible. Algunas prohibiciones se revocaron, como la de no acampar en la playa, cosa que aprovecharon los viajeros que circularon por Necoclí en el 2022, principalmente venezolanos.

Figura 10.

Orientación e información para personas en tránsito

Condiciones en la ruta

- ✓ Es una zona de **selva húmeda tropical y densa vegetación**; se cruzan ríos y hay presencia de animales salvajes y venenosos.
- ✓ Hay mosquitos que transmiten enfermedades. **¡Use repelente y ropa que cubra brazos y piernas!**
- ✓ ¡No consuma agua de ríos u otras fuentes de aguas en la selva! **Puede sufrir intoxicación y deshidratación.**
- ✓ Por su seguridad, **¡use transportes autorizados!**

Antes de iniciar la ruta

PIENSA EN:

- ✓ La **ruta** implica alto esfuerzo físico y es importante saber nadar.
- ✓ Si padece algún tipo de **enfermedad**, asegúrese de llevar su medicación.
- ✓ Lleve solo lo **esencial en su equipaje**. Reserve comida para 4 a 5 días de camino.
- ✓ Use **ropa liviana** y que se seque con facilidad, botas/zapatos cómodos, medias para cambiarse regularmente y mantener los pies secos y **capas impermeables** para cubrirse de la lluvia.
- ✓ Es **vital mantenerse hidratado**. Para ello lleve agua potable, pastillas o filtro para purificar el agua.
- ✓ Recuerde **nunca** acampar o descansar **al margen de un río**. Recuerde **NO** compartir las carpas con **personas desconocidas**. Usar la carpa solo con su familia.
- ✓ Lleve un **kit de elementos esenciales**: linterna, pito, encendedor, repelente, cremas para quemaduras, creolina, papel higiénico, alcohol desinfectante y jabón en barra.
- ✓ **No se separe de su grupo** ni camine solo para no aumentar los riesgos. Camine siempre acompañado.
- ✓ **Digitalice sus documentos**, guárdelos en su teléfono y en un correo electrónico. Las copias físicas guárdelas en una bolsa plástica para protegerlas del agua.
- ✓ ¡Si pierde su **pasaporte**, debe hacer el denuncia ante la **Policía** y **contactar a su Consulado!**

Recomendaciones

DURANTE LA RUTA

- ✓ Comparta su **plan de viaje y ubicación con sus seres queridos**. Mantenga contacto constante con ellos.
- ✓ No transite la ruta **en la noche** porque es peligroso. Procure moverse solo de día.
- ✓ Entregue una copia digital o física plastificada de los **documentos de identidad a los niños, niñas y adolescentes** y demás miembros del grupo familiar.
- ✓ Explique a los **niños, niñas y adolescentes** todo lo que sucede, no los deje solos y juegue con ellos.
- ✓ Desplácese **siempre en grupo** y memorice por lo menos tres números telefónicos.
- ✓ **Ayude a los niños y niñas** a memorizar su lugar de origen, el nombre de los padres, familiares y el número de contacto.

DÓNDE ENCONTRAR APOYO

- ✓ Recuerde que tiene derechos en Colombia! Puede acudir a la **Defensoría del Pueblo Regional Urabá** (Calle 95 No. 95 A - 06, Barrio Nuevo Apartadó), la **Personería de Necoclí** (Carrera 50 # 49-13, Calle de la Policía) o la **Personería de Acandí** (Calle Olaya Herrera) si necesita apoyo sobre acceso a derechos.
- ✓ En caso de presentarse una emergencia médica entre sus familiares o compañeros de viaje, acuda al centro médico más cercano o visite el Punto Movil de Salud OIM (Muelle Katamarán, Necoclí).
- ✓ Si usted es una **mujer gestante y necesita atención médica de urgencia**, acuda al centro médico más cercano.
- ✓ Si está en riesgo o ha enfrentado algún tipo de **violencia sexual o de género**, puede contactar las **Comisarias de Familia locales** (Carrera 50 # 52-46, Barrio Centro, Necoclí, Cel: 311 3907353) para acceder a ayuda o acudir a HIAS (Carrera 51 # 49 - 11, Centro Necoclí).
- ✓ Para acceder a orientación jurídica, información sobre protección internacional, asistencia humanitaria y servicios de traducción por favor comuníquese o asista al **Punto de Atención y Orientación PAO** en Necoclí (Carrera 42 # 46-38) o en Turbo (Carrera 14 # 99A - 42).

EQUIPO HUMANITARIO COLOMBIA

- Agencia de la ONU para los Refugiados - ACNUR
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia-UNICEF
- Organización Internacional para las Migraciones- OIM
- Cruz Roja Colombiana
- HIAS

<https://somspanescolombia.com/personas-en-transito>

Grandes carteles que buscan orientar a los viajeros en su paso por Necoclí Ubicados cerca de la plaza donde llegan los buses. Necoclí, Antioquia. 20 de agosto de 2022

Estas situaciones de fuga son las que se repiten de manera constante en la región de Urabá. Infraestructuras, productos y capitales que se invierten luego son retirados en forma de réditos económicos. La misma población que trabaja en esta industria migratoria, como se vivió en los años 50 con otro tipo de coyunturas internacionales, viene principalmente de otras partes de la región y del país, incluso internacionales como es el caso de José. La relación económica con la abundancia ha convertido a Urabá en una zona de explotación y bonanzas. La circulación del dinero, y su posterior fuga replican conflictos que ha vivido Necoclí, donde relaciones desiguales (las vulnerabilidades a las que se ven expuestas las personas que van de paso y se ven atrapadas) se juntan con momentos de alta circulación de capital (el dinero ahorrado por los viajeros usado para financiar el viaje), encubiertos por un discurso de progreso y desarrollo que buscan justifica la explotación de recursos (la solidaridad y el mejoramiento económico post pandemia).

En ultimas, el dinero se fuga junto con los viajeros y las personas que hacen parte de la explotación de la bonanza migratoria. La llegada de viajeros con menos recursos económicos, como la migración venezolana que intenta cruzar el Darién, ha implicado una exclusión de muchas de las dinámicas de las que veíamos en 2021, llenando el parque y las playas de carpas de personas que ahora esperan sin (en muchos casos) ser atendidas. Los billetes, en estos lugares de bonanza, son un agente detonador de las relaciones sociales, una materialidad que tiene propiedades reactivas en la migración por la región de Urabá.

4.3 Conclusión.

Después de quedar atrapado en una circulación de diferentes ofertas producto de la demanda de la migración, eventualmente se cumplen plazos de espera y llega la hora de salir de Necoclí. En la resistencia del dinero a quedarse en el poder de los viajeros, la salida de este parece más una fuga, ya que hasta el último momento busca ser retenido en la bonanza que vivía entonces Necoclí. Por esto, es encubierto detrás de objetos aparentemente ajenos a la bonanza, como pañales o tarros vacíos de desodorantes. Presenciar la salida de las lanchas nos deja el interrogante por la misma entrada del dinero a Necoclí, y también por los nuevos circuitos de consumo en los que se pueden ver atrapados nuevamente los viajeros.

Ahora bien, otra fuga de dinero que tiene lugar en estos contextos es la del que es recolectado producto de la bonanza migratoria. Como sucede en la región de Urabá, las ganancias de la explotación, en su mayoría, terminan yéndose a sus inversores foráneos. Ni los dueños de los productos, ni los mismos vendedores de artículos pertenecen al municipio, por lo que ocurre una fuga del dinero recolectado en el paso de viajeros, replicando estructuras de explotación establecidas históricamente en la región.

5. Conclusiones

Los viajeros que intentaban llegar al norte del continente se encontraban de frente con restricciones estatales que entorpecía sus rutas y dilataba la duración del viaje. El paso masivo de viajeros haitianos, en su mayoría provenientes de Chile desplegó un montón de estructuras y estrategias que ya estaban formadas en el territorio. Entender la forma en la que se gestionó la denominada “crisis migratoria” en Necoclí pasa primero por entender la historia de la región. La llegada de comerciantes y capitales de los departamentos cercanos y la entrada de mercancías que se vendían en todas las partes del municipio se asemeja a los muchos momentos en que aparecían las bonanzas en Urabá desde finales del S. XX, más aún después de un momento de pérdidas económicas que significó un año de pandemia. En la lógica de la bonanza, lo que nos encontramos en Necoclí fue un gran flujo de dinero que esperaba ser capitalizado a través de suplir una demanda de bienes y servicios. Sin embargo, debajo de estas relaciones económicas de explotación, el dinero era un intermediario en las relaciones sociales.

Los viajeros que usaban el dinero como forma de gestionar su viaje desarrollaban sus propias estrategias para preservar el control de sus rutas y tiempos a pesar del caótico contexto que los obligaba a esperar y costear una subsistencia. En la quietud, los viajeros mantenían una puja permanente por preservar su agencia a través del dinero, resistiéndose a ser consumidos por la bonanza que buscaba despojarlos de billetes y monedas. En este contexto, el dinero, a través de viajeros y locales, parece querer fugarse de los sitios de bonanza, ya sea a través de una ruta hacia Panamá por Capurganá, o de vuelta a los municipios cercanos de la región de Urabá. Mientras sucede esta puja, la inevitable circulación del dinero se lleva a cabo, donde pasa de mano a mano y se transmuta en forma y contenido a través de los cambios de divisas.

Referencias

- Bejarano, A. M. (1988). La violencia regional y sus protagonistas: el caso de Urabá. *Análisis Político*, 4, 43–54. <https://acortar.link/C4cItJ>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2022). *Estrategias de guerra y trasfondos del paramilitarismo en el Urabá antioqueño, sur de Córdoba, bajo Atrato y Darién. Tomo II.: Vol. II.*
- Clot, J., & Martínez Velazco, G. (2018). La «odisea» de los migrantes cubanos en América: modalidades, rutas y etapas migratorias. *Revista Pueblos y fronteras digital*, 13, 30. <https://acortar.link/1NMGeS>
- El Tiempo. (2021). Crisis migratoria. Editorial. En El tiempo. <https://acortar.link/wUB185>
- Fürsich, E. (2010). Media and the representation of Others. *International social science journal*, 61(199), 113–130. <https://acortar.link/Azu9rY>
- Gammeltoft-Hansen, T., & Sørensen, N. N. (2013). The Migration Industry and the Commercialization of International Migration. En *The Migration Industry and the Commercialization of International Migration* (pp. 1–286). <https://acortar.link/Q6QjU0>
- Khosravi, S. (2010). The Illegal Traveller. En *Global Ethics Series*.
- Mezzadra, S., & Neilson, B. (2017). *La frontera como método*. Traficantes de sueños.
- Neira, Y. C. (2021). Viejas y nuevas formas de control migratorio en tiempos de COVID-19. El caso de la frontera México-EE.UU. *PERIPLOS, Revista de Investigación sobre Migraciones*, 5(1), 28–52.
- Osorio Gómez, J. (2006). *Pueblos itinerantes de Urabá La historia de las exclusiones Retrato*. Universidad Internacional de Andalucía.
- Papadopoulos, Dimitris. Stephenson, Niamh. Tsianos, V. (2008). Escape Routes: Control and Subversion in the 21st Century. En *Rethinking Marxism* (Vol. 24, Número 3). Pluto Press. <https://acortar.link/4SZ5cn>
- Rios, I. A. (2019). *Migración, violencia y Territorio: Analisis de las dinamicas de poblamiento en el Urabá Antioqueño 1953-1964*. Universidad de Antioquia.
- Truitt, A. (2013). *Dreaming of money in Ho Chi Minh City*. University of Washington Press.
- Villegas, L. (1998). Colonización y explotación de recursos naturales en Necoclí, Urabá-Colombia. Siglos XIX y XX. *Boletín de Antropología*, 12(29), 240–255.

Winters, N., & Reiffen, F. (2019). Place-making via traces and attachments: African migrants and their experiences of mobility, immobility and local insertion in Latin America. Introduction to the thematic dossier REMHU 56. *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 27(56), 11–33. <https://acortar.link/hRPCYL>

Zelizer, V. A. (1994). *The Social Meaning of Money: Pin money, paychecks, poor relief, & other currencies*.